

REPOSITORIO ACADÉMICO DIGITAL INSTITUCIONAL

“LA DIGNIDAD DE LA PERSONA EN EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE KAROL WOJTYLA”

Autor: Cano Nolasco José de Jesús

**Tesina presentada para obtener el título de:
Licenciado en Filosofía**

**Nombre del asesor:
Cortés Reyes Adalberto**

Este documento está disponible para su consulta en el Repositorio Académico Digital Institucional de la Universidad Vasco de Quiroga, cuyo objetivo es integrar, organizar, almacenar, preservar y difundir en formato digital la producción intelectual resultante de la actividad académica, científica e investigadora de los diferentes campus de la universidad, para beneficio de la comunidad universitaria.

Esta iniciativa está a cargo del Centro de Información y Documentación “Dr. Silvio Zavala” que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados.

Esta Tesis se publica bajo licencia Creative Commons de tipo “Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada”, se permite su consulta siempre y cuando se mantenga el reconocimiento de sus autores, no se haga uso comercial de las obras derivadas.





UNIVERSIDAD VASCO DE QUIROGA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

TÍTULO:

**LA DIGNIDAD DE LA PERSONA EN EL
PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE KAROL
WOJTYLA**

TESINA

Para obtener el título de:
LICENCIADO EN FILOSOFÍA

Presenta:

JOSÉ DE JESÚS CANO NOLASCO

ASESOR DE TESINA:

MTRO. ADALBERTO CORTÉS REYES

CLAVE 16PSU0024X

ACUERDO No. LIC 121129



MORELIA, MICH., AGOSTO 2026

DEDICATORIA...

**ESTOY MUY AGRADECIDO PRIMERAMENTE CON DIOS,
POR EL DON DE LA VIDA, QUE A TRAVÉS DE MIS PADRES
ME HA CONCEDIDO ...**

“EL AMOR ME LO EXPLICO TODO.”

**AGRADEZCO A MIS PADRES POR SU AMOR Y
CARIÑO QUE MEDIERON INCONDICIONAL, PARA SER UN
HOMBRE DE BIEN.**

**“EL AMOR ES MIRAR AL OTRO, NO PARA SERVIRSE DE
EL SINO PARA SERVIRLO.”**

**GRACIAS DE CORAZÓN A MI ESPOSA QUE SIEMPRE
ESTUVO A MI LADO, A MIS HIJOS (JOSE DE JESUS Y
BENJAMIN) QUE SIEMPRE ME MOTIVARON A
TERMINAR ESTE PROYECTO.**

“ABRIR LAS PUERTAS A CRISTO”

**AGRADEZCO SINCERAMENTE A MIS HERMANOS POR
SU APOYO. Y A TODAS LAS PERSONAS QUE DE UNA U
OTRA FORMA ME APOYARON, PARA CONCLUIR MIS
ESTUDIOS...**

Índice

Introducción	1
1. Karol Wojtyla: Vida, Formación y Desarrollo de su Pensamiento Filosófico	4
1.2 Infancia y Entorno Familiar	6
1.2.1 <i>La Pérdida Familiar y el Proceso de Maduración</i>	<i>7</i>
1.2.2 <i>Formación Humana y Primeros Retos</i>	<i>9</i>
1.3 Formación Cultural e Intelectual	11
1.3.1 <i>El Teatro Como Experiencia Humanista</i>	<i>11</i>
1.3.3 <i>La Experiencia de la Segunda Guerra Mundial</i>	<i>13</i>
1.4 Vocación Sacerdotal y Formación Filosófica	15
1.4.1 <i>Formación Sacerdotal y Maduración Intelectual</i>	<i>16</i>
1.4.2 <i>Estudios en Roma</i>	<i>18</i>
1.5 Consolidación de su Pensamiento Filosófico	19
1.5.1 <i>La Experiencia Pastoral Como Origen de la Reflexión Antropológica ...</i>	<i>19</i>
1.5.2 <i>Influencia del Tomismo y la Fenomenología</i>	<i>21</i>
1.5.3 <i>La Persona Humana Como Centro de su Filosofía</i>	<i>22</i>
2. La Persona Como Fundamento de la Acción Moral	24
2.1 La Noción Filosófica de Persona	24
2.1.1 <i>La Persona Como Sujeto Racional y Libre</i>	<i>25</i>
2.1.2 <i>La Autorrealización de la Persona Mediante la Acción</i>	<i>28</i>
2.1.3 <i>El Valor Personalista de la Acción Humana</i>	<i>29</i>
2.1.4 <i>Autoconocimiento, Conciencia y Experiencia de la Acción</i>	<i>31</i>
2.1.5 <i>Rasgos Constitutivos de la Persona Humana</i>	<i>33</i>
2.1.6 <i>La Acción Como Expresión del ser personal</i>	<i>35</i>
2.2. La Dimensión Axiológica de la Persona	37

2.2.1 <i>Dimensión Moral de la Acción Humana</i>	41
2.2.2 <i>Libertad Bien Moral y Perfeccionamiento de la Persona</i>	43
2.3. La Dignidad de la Persona Como Fundamento Ético	46
2.3.1 <i>La Norma Personalista y el Respeto</i>	48
3. La Realización de la Persona en el Amor y la Responsabilidad	50
3.1. El significado filosófico del amor	52
3.2 La reciprocidad como fundamento del amor personal	55
3.3 La Responsabilidad como Exigencia Ética del Amor	56
3.4. La Libertad y la Elección en el Amor Responsable	59
3.5. El Matrimonio como Comunión de Personas	61
3.6 El Compromiso de la Libertad y el Don de Sí	63
Conclusión	66
Bibliografía	69

Introducción

En la actualidad existe un creciente interés por reflexionar acerca de la dignidad de la persona humana. Este renovado interés responde, en gran medida, a las múltiples formas en que la persona es violentada, reducida o instrumentalizada en los distintos ámbitos de la vida social, política, económica y cultural. Ante esta realidad, resulta necesario recuperar el verdadero significado de la persona, de modo que pueda ser reconocida, respetada y valorada conforme a la dignidad que le es propia.

Surge entonces una pregunta fundamental: ¿la dignidad es un valor? Desde la perspectiva filosófica de Karol Wojtyła, la respuesta es afirmativa. La dignidad constituye el valor propio y específico de la persona, un valor que no depende de circunstancias externas ni de cualidades accidentales, sino que brota de su mismo ser. La persona manifiesta esta dignidad mediante sus capacidades espirituales, su libertad, su inteligencia, su voluntad y su capacidad de amar; en otras palabras, mediante todas aquellas potencialidades que la distinguen como un ser único, irrepetible y trascendente.

Con el propósito de contribuir a la reflexión sobre un tema importante para la filosofía y para la sociedad contemporánea, se desarrolla la presente investigación, centrada en la propuesta humanista de Karol Wojtya. Su pensamiento constituye una de las aportaciones más sólidas del personalismo contemporáneo, pues integra la tradición metafísica clásica con el método fenomenológico para ofrecer una comprensión integral del hombre como sujeto libre, consciente y responsable de sus propios actos.

En un primer momento se presenta la vida y la obra de Karol Wojtyla, destacando aquellos acontecimientos que marcaron profundamente su formación humana, intelectual y espiritual. Desde su infancia y juventud, caracterizadas por el sufrimiento y la pérdida de sus seres queridos, hasta su ministerio sacerdotal, episcopal y pontificio, se muestra cómo cada experiencia contribuyó al desarrollo de un pensamiento filosófico profundamente comprometido con la defensa de la dignidad humana. Asimismo, se analiza la influencia que ejercieron sobre él autores como San Juan de la Cruz, Santo Tomás de Aquino y, de manera particular, Max Scheler, cuya fenomenología de los valores representó un punto de partida para la elaboración de una antropología personalista original.

Después se aborda el concepto filosófico de la persona desde la perspectiva de Wojtyla. Se estudian sus principales características, la relación entre persona y acción, el papel de la conciencia, la libertad, la responsabilidad, los valores y la dignidad como elementos constitutivos del ser humano. A través de este recorrido se pone de manifiesto que la persona no puede comprenderse únicamente desde una dimensión biológica o psicológica, sino como un ser espiritual que se realiza mediante sus actos libres y que encuentra en ellos la expresión más auténtica de su propia identidad. En este sentido, la acción no sólo revela quién es la persona, sino que también la perfecciona moralmente.

Finalmente se desarrolla una de las aportaciones más originales del pensamiento wojtyliano. A partir de su obra Amor y responsabilidad, se analiza el amor como la forma más elevada de la relación interpersonal y como la expresión plena de la dignidad humana. Se estudian la reciprocidad, la responsabilidad, la

elección libre, el matrimonio y el compromiso de la libertad como dimensiones fundamentales del amor auténtico. Desde esta perspectiva, Wojtyla sostiene que el verdadero amor sólo es posible cuando cada persona reconoce en la otra un fin en sí misma y jamás un simple medio para satisfacer intereses particulares, principio que constituye el núcleo de su denominada norma personalista.

En conjunto, esta investigación pretende mostrar que el pensamiento filosófico de Karol Wojtyla conserva una extraordinaria actualidad frente a los desafíos del mundo contemporáneo. En una sociedad donde con frecuencia el hombre es reducido y manipulado, su propuesta personalista recuerda que la persona posee un valor absoluto que jamás puede ser negociado ni subordinado a intereses externos. De este modo, la presente tesina busca ofrecer una reflexión que contribuya a redescubrir la grandeza del ser humano, afirmando que la dignidad constituye el fundamento de los derechos, de la convivencia social y del auténtico desarrollo de toda cultura verdaderamente humana.

1. Karol Wojtyla: Vida, Formación y Desarrollo de su Pensamiento Filosófico

El siglo XX constituyó uno de los periodos más complejos para la historia de Europa. La Primera Guerra Mundial transformó profundamente el panorama político del continente y favoreció el surgimiento de nuevos Estados nacionales. Entre ellos destacó Polonia, país que recuperó su independencia en 1918 después de haber permanecido durante más de un siglo bajo el dominio de Rusia, Prusia y Austria. La reconstrucción del Estado polaco implicó importantes desafíos políticos, sociales y culturales, pues fue necesario integrar territorios que habían permanecido separados durante generaciones y consolidar una identidad nacional fortalecida por la defensa de sus tradiciones, su lengua y su fe cristiana (Orella, 2020).

Durante las primeras décadas del siglo XX, Polonia enfrentó conflictos fronterizos, dificultades económicas y una permanente amenaza por parte de sus países vecinos. Sin embargo, la sociedad polaca conservó una profunda cohesión sustentada en la familia, la religión católica y un fuerte sentimiento patriótico. Estos elementos contribuyeron a formar el ambiente histórico y cultural en el que nació Karol Wojtyla, quien posteriormente se convertiría en una de las figuras religiosas e intelectuales más influyentes del siglo XX (Instituto Polaco de Cultura, s. f.).

El contexto histórico de Polonia resulta indispensable para comprender la personalidad y el pensamiento de Karol Wojtyla. Las experiencias de guerra, las pérdidas familiares y el compromiso con la preservación de la identidad nacional influyeron decisivamente en la formación de quien, décadas más tarde, sería elegido como el papa Juan Pablo II. Su vida representa la convergencia entre una profunda

espiritualidad, una sólida preparación filosófica y una permanente defensa de la dignidad de la persona humana (Weigel, 1999, pág. 35).

1.1 Contexto histórico, político y cultural de Polonia

La historia personal de Karol Wojtyla no puede entenderse al margen de la realidad política y social que caracterizó a Polonia durante la primera mitad del siglo XX. Su infancia y juventud estuvieron marcadas por los efectos derivados de los conflictos bélicos, las ocupaciones extranjeras y la constante defensa de la identidad nacional. Desde temprana edad experimentó las consecuencias que las guerras provocaron en la sociedad polaca, circunstancia que fortaleció en él un profundo sentido de pertenencia hacia su patria y una firme convicción acerca de la importancia de preservar la libertad, la cultura y la fe (Weigel, 1999, pág. 36).

Polonia, situada estratégicamente entre Europa Occidental y Europa Oriental, ha desempeñado históricamente un papel fundamental como puente cultural entre ambas regiones. Su nombre deriva del pueblo eslavo de los *Polanie*, cuyo asentamiento en las grandes llanuras dio origen al proceso de unificación del territorio durante la Edad Media. A pesar de las múltiples invasiones y reparticiones territoriales sufridas a lo largo de su historia, la nación polaca logró conservar su identidad mediante la preservación de su lengua, sus costumbres y sus tradiciones religiosas (Instituto Polaco de Cultura, s.f.).

La desaparición política del Estado polaco a finales del siglo XVIII no implicó la pérdida de la conciencia nacional de su población. Durante más de ciento veinte años, los habitantes mantuvieron vivas sus manifestaciones culturales y

fortalecieron el sentimiento de pertenencia a través de la literatura, la música, el arte y la religión. Esta resistencia cultural permitió que, una vez concluida la Primera Guerra Mundial, Polonia recuperara su independencia en 1918 e inicia un proceso de reorganización institucional caracterizado por importantes retos políticos y sociales (Orella, 2020, pág. 76).

En este escenario de reconstrucción nacional nació Karol Wojtyla. La fortaleza espiritual que caracterizó posteriormente su vida encuentra parte de sus raíces en una sociedad que había aprendido a enfrentar la adversidad mediante la perseverancia, el trabajo y la conservación de sus principios religiosos y culturales. Estos elementos explicarían más adelante la estrecha relación que Wojtyla estableció entre la dignidad humana, la libertad y la responsabilidad moral (Weigel, 1999, pág. 36).

1.2 Infancia y Entorno Familiar

Karol Józef Wojtyla nació el 18 de mayo de 1920 en la ciudad de Wadowice, ubicada aproximadamente a cincuenta kilómetros de Cracovia. Fue el tercer hijo de Karol Wojtyla, suboficial del ejército polaco, y de Emilia Kaczorowska, mujer profundamente creyente que desempeñó un papel importante en la formación religiosa de su familia. Aunque su hermana mayor, Olga, falleció poco después de nacer, Karol convivió durante su infancia con su hermano Edmund, quien años más tarde cursaría estudios de medicina (Weigel, 1999, pág. 38).

El ambiente familiar se distinguía por una intensa vivencia de la fe católica. Las prácticas religiosas formaban parte de la vida cotidiana y contribuyeron a moldear el carácter del joven Wojtyla. Desde muy pequeño aprendió las primeras

oraciones, recibió una sólida educación cristiana y participó con frecuencia en las celebraciones litúrgicas de su comunidad. Esta formación temprana favorecería posteriormente el surgimiento de su vocación sacerdotal (Vaticano, s. f.).

Los testimonios de quienes convivieron con él durante su infancia describen a Karol como un niño disciplinado, responsable y con un notable interés por el estudio. Destacaba por su facilidad para el aprendizaje, particularmente en literatura y lectura, además de manifestar una especial inclinación por las actividades deportivas, principalmente el fútbol. Su capacidad de liderazgo y su facilidad para establecer relaciones con sus compañeros fueron cualidades que comenzaron a hacerse evidentes desde sus primeros años escolares (Weigel, 1999, pág. 39).

La influencia de sus padres resultó determinante en la consolidación de su personalidad. Mientras su madre fortalecía su formación religiosa mediante la lectura de las Sagradas Escrituras y la práctica cotidiana de la oración, su padre le transmitía valores como la disciplina, la responsabilidad y el amor por la patria. Esta combinación entre formación espiritual, estabilidad familiar y compromiso moral constituyó uno de los pilares fundamentales sobre los cuales se desarrollaría posteriormente el pensamiento filosófico y antropológico de Karol Wojtyla (Bernstein, 1996, pág. 29).

1.2.1 La Pérdida Familiar y el Proceso de Maduración

La infancia de Karol Wojtyla estuvo marcada por acontecimientos familiares que influyeron profundamente en la formación de su personalidad y de su vida espiritual. El primero de ellos ocurrió el 13 de abril de 1929, cuando falleció su madre, Emilia Kaczorowska, a la edad de cuarenta y cinco años. En ese momento

Karol contaba apenas con ocho años y se encontraba en la escuela cuando recibió la noticia de su muerte, acontecimiento que representó una de las experiencias más tristes que sacudió su infancia y su manera de ver la vida (Weigel, 1999, pág. 40).

Diversos biógrafos coinciden en señalar que Emilia desempeñó un papel fundamental dentro del hogar, no solamente por su profunda religiosidad, sino también por la formación humana y espiritual que transmitió a sus hijos. Años más tarde, el propio Wojtyla recordaría que su madre había sido "el alma del hogar", expresión que manifiesta la profunda huella afectiva que dejó la ausencia de ese ser lleno de amor en sus hijos (Bernstein, 1996, pág. 32).

Tras las exequias celebradas en la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles de Wadowice, Karol y su padre realizaron una peregrinación al santuario mariano de Kalwaria Zebrzydowska. Este lugar de devoción ocupó desde entonces un sitio privilegiado en la vida espiritual del joven Wojtyla, quien encontró en la oración una forma de afrontar el sufrimiento provocado por la pérdida materna. La profunda devoción mariana cultivada desde esos años alcanzaría su máxima expresión décadas más tarde al adoptar como lema pontificio *Totus Tuus* ("Todo tuyo"), inspirado en la espiritualidad de san Luis María Grignon de Montfort (Weigel, 1999, pág. 41).

Durante estos años también recibió los sacramentos que marcaron su iniciación cristiana. Hizo la Primera Comunión a los nueve años de edad y posteriormente cuando contaba ya con dieciocho años recibió el sacramento de la Confirmación en Cracovia, fortaleciendo así una vida religiosa que se convertiría en uno de los ejes centrales de su existencia (Vaticano, s.f.).

El dolor provocado por la muerte de su madre quedó reflejado años después en algunos de sus primeros poemas. En uno de ellos escribió:

En tu blanca tumba

florece las flores blancas de la vida...

Este texto constituye uno de los primeros testimonios literarios en los que Wojtyla expresa, con un lenguaje profundamente simbólico, el vacío afectivo que dejó la ausencia materna. Como señala Bernstein (1996), estos versos permiten comprender la manera discreta con que el futuro pontífice elaboró el duelo durante su juventud.

Lejos de provocar una actitud de resentimiento, esta experiencia fortaleció su vida interior. De acuerdo con Weigel (1999), después de la muerte de Emilia, Karol desarrolló una personalidad más reflexiva, incrementó su gusto por la lectura y encontró en la oración un espacio privilegiado para afrontar las adversidades. Estas vivencias tempranas contribuyeron decisivamente a la formación del carácter sereno y resiliente que lo distinguiría durante toda su vida.

1.2.2. Formación Humana y Primeros Retos

La muerte de Emilia Kaczorowska significó el inicio de una nueva etapa en la vida de Karol Wojtyla. A partir de entonces, la educación y formación del joven quedaron prácticamente bajo la responsabilidad exclusiva del suboficial del ejército polaco, Karol Wojtyla Sr., quien procuró ofrecerle no solamente el sustento material, sino también una sólida formación moral y religiosa. La estrecha relación que se desarrolló entre ambos contribuyó significativamente a la maduración humana del

futuro pontífice, quien siempre reconoció en su padre un ejemplo de disciplina, oración y fidelidad a Dios (Weigel, 1999, pág. 42).

Al cumplir once años, Karol ingresó al gimnasio estatal de Wadowice, donde destacó por su excelente desempeño académico y por su participación activa en diversas actividades escolares. Paralelamente, comenzó a desempeñarse como monaguillo en la parroquia de Nuestra Señora de la Presentación. Su compromiso con la liturgia llamó la atención del párroco Edward Zacher, quien le encomendó la coordinación del grupo de acólitos y observó en él una notable disposición hacia la vida espiritual. Asimismo, el sacerdote Kazimierz Figlewicz ejerció una influencia importante durante esta etapa, alentando al joven Wojtyla a profundizar en su formación religiosa y en el estudio de la doctrina cristiana (Weigel, 1999, pág. 42).

Durante aquellos años, la figura más cercana para Karol fue su hermano mayor Edmund, conocido familiarmente como *Mundek*. Catorce años mayor que él, Edmund estudiaba Medicina en la Universidad Jagellónica de Cracovia y representaba para su hermano un modelo de dedicación al estudio y de servicio a los demás. Compartían largas caminatas, actividades deportivas y un profundo interés por la naturaleza, especialmente por las montañas del sur de Polonia, afición que Karol conservaría durante toda su vida (Weigel, 1999, pág. 42).

Sin embargo, el destino volvería a golpear a la familia. El 5 de diciembre de 1932, Edmund falleció a consecuencia de una escarlatina contraída mientras atendía a una paciente infectada. Su muerte constituyó un nuevo acontecimiento doloroso para el joven Wojtyla, quien apenas contaba con doce años. Este episodio fortaleció aún más la unión entre Karol y su padre, quienes afrontaron juntos una

etapa marcada por el silencio, la oración y la fortaleza espiritual (Bernstein, 1996, pág. 41).

A pesar de las pérdidas familiares, la convivencia en Wadowice continuó desarrollándose dentro de un ambiente de respeto entre las distintas comunidades religiosas. Católicos y judíos compartían numerosos espacios de la vida cotidiana, circunstancia que permitió a Karol establecer amistades con jóvenes judíos de su misma edad y conocer de cerca sus tradiciones religiosas. Esta experiencia temprana de convivencia intercultural contribuiría años después a su decidido compromiso con el diálogo entre el cristianismo y el judaísmo, aspecto que caracterizó buena parte de su pontificado (Museo de la casa familiar del Santo Padre Juan Pablo II, s.f.).

1.3 Formación Cultural e Intelectual

La educación recibida por parte de su padre también desempeñó un papel decisivo en la formación intelectual del joven Wojtyla. Además de inculcarle el sentido del deber, la disciplina y la vida de oración, fomentó en él el estudio de los idiomas extranjeros, especialmente el alemán, circunstancia que posteriormente le permitió acceder directamente a obras filosóficas de autores como Immanuel Kant. Estas experiencias fortalecieron su capacidad intelectual y despertaron un interés creciente por la reflexión filosófica y humanística (Weigel, 1999, pág. 45).

1.3.1 El Teatro Como Experiencia Humanista

Durante su adolescencia, Karol Wojtyla descubrió una de las grandes pasiones que marcarían su juventud: el teatro. Lejos de representar únicamente una actividad recreativa, el arte dramático se convirtió para él en un medio privilegiado para

comprender la riqueza de la cultura polaca y el profundo significado de la palabra como expresión de la persona humana. Su ingreso a los grupos teatrales escolares coincidió con un notable desarrollo de sus habilidades para la declamación, la poesía y la interpretación escénica, cualidades ampliamente reconocidas por profesores y compañeros (Weigel, 1999, pág. 45).

Entre las personas que ejercieron mayor influencia durante esta etapa se encontraba Mieczyslaw Kotlarczyk, fundador del futuro Teatro Rapsódico. Bajo su orientación, Wojtyla comprendió que el teatro no debía limitarse al entretenimiento, sino convertirse en un instrumento capaz de preservar la identidad cultural de un pueblo y transmitir los valores fundamentales de la persona humana. Esta idea humanista del arte permanecería presente como línea de su pensamiento filosófico y literario (Weigel, 1999, pág. 46).

Paralelamente a sus intereses artísticos, Karol continuó profundizando en su vida espiritual. Frecuentaba largos momentos de oración en la iglesia parroquial y buscaba la dirección espiritual de sacerdotes que lo orientaran en su crecimiento interior. Durante estos años conoció las obras de san Juan de la Cruz, cuya espiritualidad ejercería una influencia decisiva tanto en su formación sacerdotal como en su posterior pensamiento filosófico y teológico. El estudio de este místico español despertó en él un creciente interés por la experiencia interior de la persona y por la relación entre libertad, amor y trascendencia (Weigel, 1999, pág. 46).

En 1938, tras concluir sus estudios de bachillerato, Karol y su padre se trasladaron a Cracovia para que el joven iniciara la carrera de Filología Polaca en la Universidad Jagellónica. La ciudad ofrecía un ambiente intelectual y cultural mucho

más amplio que Wadowice, permitiéndole participar activamente en círculos literarios y teatrales. No obstante, el creciente clima de tensión política que se vivía en Europa comenzaba a generar incertidumbre entre la población universitaria, especialmente ante el avance del régimen nacionalsocialista en Alemania (Weigel, 1999, pág. 48).

Aunque Wojtyla compartía la preocupación de sus compañeros por el futuro de Polonia, evitó adoptar posturas extremistas. Su formación humanista lo llevó a considerar que la defensa de la dignidad humana debía realizarse mediante la cultura, la educación y la fortaleza moral, convicciones que posteriormente constituirían uno de los ejes fundamentales de su pensamiento filosófico (Bernstein, 1996, pág. 66).

1.3.3 La Experiencia de la Segunda Guerra Mundial

El 1 de septiembre de 1939 marcó un punto de importante en la vida de Karol Wojtyla y en la historia de Polonia. Ese día, las fuerzas armadas alemanas iniciaron la invasión del territorio polaco, dando comienzo a la Segunda Guerra Mundial. Pocas semanas después, el ejército soviético ocupó la parte oriental del país, consumando la división de Polonia entre ambos regímenes totalitarios. La ocupación supuso la suspensión de las actividades universitarias, la persecución de intelectuales y religiosos, así como la imposición de severas restricciones a la población civil (Instituto Polaco de Cultura, s.f.).

La Universidad Jagellónica fue clausurada por las autoridades alemanas y numerosos profesores fueron deportados a campos de concentración. Como consecuencia, Karol se vio obligado a interrumpir sus estudios universitarios y

buscar un empleo que le permitiera evitar la deportación a Alemania para realizar trabajos forzados. En octubre de 1940 comenzó a trabajar como obrero en la fábrica química Solvay, experiencia que le permitió conocer de cerca las difíciles condiciones de vida impuestas por la ocupación nazi (Weigel, 1999, pág. 49).

El trabajo manual, lejos de alejarlo de sus inquietudes intelectuales, fortaleció en Wojtyla una profunda valoración de la dignidad del trabajo humano. Durante las jornadas laborales continuó dedicando tiempo a la lectura, la oración y la reflexión filosófica, convencido de que la cultura constituía una forma de resistencia frente a los intentos de deshumanización promovidos por el régimen nazi (Weigel, 1999, pág. 49).

En ese contexto surgió también el Teatro Rapsódico clandestino, movimiento cultural integrado por jóvenes intelectuales que buscaban preservar la lengua, la literatura y la identidad nacional polaca mediante representaciones teatrales realizadas en secreto. Karol Wojtyla participó activamente en este proyecto, convencido de que el arte constituía un instrumento de resistencia espiritual frente a la opresión política. Más que una actividad artística, el teatro representó para él un compromiso con la defensa de la persona humana y de los valores fundamentales de la cultura polaca (Bernstein, 1996, pág. 67).

Las experiencias vividas durante la guerra marcaron profundamente el desarrollo de su pensamiento. La violencia, el sufrimiento y la negación sistemática de la dignidad humana fortalecieron en Wojtyla la convicción de que toda sociedad debía fundamentarse en el respeto absoluto a la persona. Esta idea se convertiría posteriormente en uno de los principios centrales de su antropología filosófica y de

su reflexión ética, constituyendo la base de gran parte de su producción intelectual y de su magisterio como pontífice (Vaticano, s.f.).

1.4 Vocación Sacerdotal y Formación Filosófica

La ocupación alemana transformó profundamente la vida cotidiana de Karol Wojtyła. Mientras cumplía con sus labores en la fábrica Solvay y participaba en las representaciones clandestinas del Teatro Rapsódico, experimentó un intenso proceso de reflexión interior que lo condujo a replantear el sentido de su existencia. Las pérdidas familiares, la violencia provocada por la guerra y el sufrimiento de la población polaca despertaron en él la convicción de que su vida debía orientarse al servicio de Dios y de los demás (Weigel, 1999, pág. 49).

Durante este periodo desempeñó un papel decisivo la figura de Jan Tyranowski, un laico perteneciente a la parroquia salesiana de San Estanislao Kostka, quien, ante la ausencia de numerosos sacerdotes deportados por las autoridades nazis, asumió la formación espiritual de diversos jóvenes. Tyranowski introdujo a Wojtyła en el estudio de la espiritualidad carmelitana y de autores como san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús. Estas lecturas permitieron al joven descubrir la importancia de la contemplación, la vida interior y la unión con Dios como fundamento de toda acción humana (Weigel, 1999, pág. 50).

La influencia de Jan Tyranowski constituyó uno de los momentos decisivos en el desarrollo espiritual de Wojtyła. Gracias a su acompañamiento comprendió que la santidad no era una realidad reservada exclusivamente a sacerdotes o religiosos, sino una vocación universal dirigida a todos los cristianos. Esta experiencia marcaría profundamente su pensamiento posterior y se reflejaría

décadas más tarde en la constante invitación que hizo durante su pontificado a vivir una espiritualidad comprometida con el mundo contemporáneo (Vaticano, s.f.).

En 1942, en plena ocupación nazi, Karol tomó la decisión de ingresar clandestinamente al seminario mayor de Cracovia. Debido a la persecución religiosa emprendida por el régimen alemán, la formación sacerdotal debía realizarse en secreto bajo la dirección del arzobispo Adam Stefan Sapieha. Los seminaristas asistían discretamente a las clases de filosofía y teología mientras continuaban desempeñando sus trabajos para evitar sospechas de las autoridades ocupantes (Weigel, 1999, pág. 50).

El ingreso al seminario no representó una ruptura con sus intereses intelectuales, sino la integración de su formación filosófica, literaria y espiritual en un único proyecto de vida. Desde ese momento comenzó a concebir el sacerdocio como un servicio fundamentado en la defensa de la dignidad humana y en el acompañamiento de quienes sufrían las consecuencias de la guerra.

1.4.1 Formación Sacerdotal y Maduración Intelectual

La preparación sacerdotal de Karol Wojtyla transcurrió en circunstancias excepcionales. Mientras Europa permanecía inmersa en el conflicto bélico, los estudios eclesiales se desarrollaban de manera clandestina bajo estrictas medidas de seguridad. Esta situación fortaleció entre los seminaristas un profundo sentido de responsabilidad y una clara conciencia del valor de la libertad religiosa, elemento que posteriormente ocuparía un lugar central en el pensamiento de Wojtyla (Vaticano, s.f.).

Además de cursar las asignaturas propias de la filosofía y la teología, Wojtyla continuó cultivando su interés por la literatura, la poesía y el teatro. Su formación intelectual no se limitó al ámbito estrictamente religioso, sino que integró diversas disciplinas humanísticas que le permitieron comprender con mayor profundidad la realidad de la persona humana. El estudio de los grandes filósofos clásicos y modernos, junto con la lectura de los místicos carmelitas, contribuyó al desarrollo de una visión antropológica caracterizada por la armonía entre razón y fe (Weigel, 1999, pág. 51).

Durante estos años también experimentó el sufrimiento derivado de una nueva pérdida familiar. En febrero de 1941 falleció su padre, quien había sido su principal apoyo desde la muerte de Emilia y Edmund. Esta circunstancia convirtió a Karol en el único sobreviviente de su núcleo familiar inmediato. El propio Wojtyla recordaría posteriormente que aquella noche permaneció largo tiempo arrodillado junto al cuerpo de su padre, considerando ese momento como una de las experiencias espirituales más profundas de su vida (Weigel, 1999, pág. 52).

La ausencia de sus seres queridos fortaleció aún más su vocación sacerdotal. Lejos de interpretar estas experiencias únicamente como acontecimientos dolorosos, Wojtyla comenzó a comprenderlas desde una perspectiva cristiana, encontrando en ellas una invitación a profundizar en el misterio del sufrimiento humano y en la esperanza ofrecida por el Evangelio. Estas reflexiones constituirían posteriormente uno de los pilares de su pensamiento filosófico y teológico, especialmente en sus estudios sobre la persona y el sentido redentor del sufrimiento.

El 1 de noviembre de 1946 recibió la ordenación sacerdotal de manos del cardenal Adam Stefan Sapieha en la capilla privada del Palacio Arzobispal de Cracovia. Con este acontecimiento culminó una etapa de intensa formación humana y espiritual e inició formalmente su ministerio presbiteral al servicio de la Iglesia (Vaticano, s.f.).

1.4.2 Estudios en Roma

Pocas semanas después de su ordenación sacerdotal, Karol Wojtyla fue enviado por el cardenal Sapieha a continuar su formación académica en la Pontificia Universidad Angelicum de Roma. El objetivo principal de esta estancia consistía en ampliar sus estudios de teología y profundizar en el pensamiento de santo Tomás de Aquino, cuya influencia marcaría decisivamente su pensamiento filosófico (Vaticano, s.f.).

Durante su permanencia en Italia entró en contacto con el ambiente intelectual de la posguerra europea, caracterizado por el surgimiento de nuevas corrientes filosóficas, especialmente el personalismo y la fenomenología. Aunque Wojtyla mantuvo una sólida formación tomista, también mostró un creciente interés por comprender las aportaciones de autores contemporáneos que reflexionaban sobre la libertad, la conciencia y la experiencia humana. Esta apertura intelectual le permitió desarrollar posteriormente una propuesta filosófica original que integró la tradición clásica con las inquietudes del pensamiento moderno (Weigel, 1999, pág. 53).

En 1948 obtuvo el grado de doctor en Teología con una investigación dedicada a la doctrina de la fe en san Juan de la Cruz. Este trabajo puso de

manifiesto su interés por estudiar la relación entre la experiencia mística y el conocimiento racional de Dios, tema que continuaría desarrollando a lo largo de su trayectoria académica y pastoral (Weigel, 1999, pág. 55).

1.5 Consolidación de su Pensamiento Filosófico

Tras concluir sus estudios en Roma regresó a Polonia para desempeñar diversas responsabilidades pastorales y docentes. Durante los años siguientes ejerció como vicario parroquial y profesor universitario, actividades que le permitieron profundizar en el estudio de la ética, la antropología filosófica y el personalismo cristiano. Estas experiencias constituyeron el fundamento de la obra intelectual que posteriormente desarrollaría como obispo, cardenal y, finalmente, como papa Juan Pablo II (Weigel, 1999, pág. 57).

En esta etapa comenzó a perfilarse una de las características más distintivas de su pensamiento: la convicción de que la persona humana constituye el centro de toda reflexión filosófica y teológica. Desde esta perspectiva, la libertad, la verdad y la dignidad de cada ser humano se convertirían en los ejes fundamentales de su producción académica y del magisterio que ejercería durante su pontificado.

1.5.1 La Experiencia Pastoral Como Origen de la Reflexión Antropológica

Tras regresar a Polonia en 1948, Karol Wojtyła inició su ministerio sacerdotal desempeñando diversas responsabilidades pastorales en comunidades parroquiales de la arquidiócesis de Cracovia. El contacto cotidiano con obreros, estudiantes universitarios, matrimonios y jóvenes permitió al recién ordenado sacerdote conocer de manera directa las inquietudes existenciales de una sociedad profundamente afectada por la guerra y sometida ahora al régimen comunista. Estas

experiencias pastorales despertaron en él una preocupación constante por comprender la realidad concreta de la persona humana, no únicamente desde la teología, sino también desde la filosofía (Weigel, 1999, pág. 58).

Durante este periodo comenzó a consolidarse una de las características más distintivas de su pensamiento: la convicción de que toda reflexión filosófica debe partir de la experiencia concreta del ser humano. A diferencia de otros autores que privilegiaban sistemas abstractos, Wojtyla consideraba que la filosofía debía responder a las preguntas fundamentales sobre la libertad, la conciencia, el amor, el sufrimiento y la responsabilidad moral. Esta orientación marcaría posteriormente el desarrollo de su antropología filosófica y de su ética personalista (Buttiglione, 1992, pág. 45).

Las reuniones que sostenía con grupos de jóvenes universitarios representaron un laboratorio privilegiado para esta reflexión. Durante excursiones por las montañas, jornadas de esquí y paseos en kayak, el sacerdote dialogaba con ellos sobre temas relacionados con la vocación, el matrimonio, la libertad, la amistad y el sentido de la existencia. Estas conversaciones le permitieron advertir que los grandes problemas filosóficos no pertenecían exclusivamente al ámbito académico, sino que surgían de la experiencia cotidiana de las personas. Desde entonces comenzó a concebir la filosofía como una disciplina al servicio del ser humano y orientada a iluminar los desafíos concretos de la vida (Buttiglione, 1992, pág. 46).

En este contexto también inició su actividad docente en la Universidad Católica de Lublin, donde impartió cursos de ética y filosofía moral. La enseñanza universitaria fortaleció su interés por el diálogo entre el pensamiento clásico,

especialmente el tomismo, y las corrientes filosóficas contemporáneas, convencido de que ambas podían complementarse en la búsqueda de una comprensión más profunda de la persona humana (Vanticano, s.f.).

1.5.2 Influencia del Tomismo y la Fenomenología

Uno de los aspectos más originales del pensamiento filosófico de Karol Wojtyła fue su capacidad para integrar tradiciones filosóficas que, en apariencia, seguían caminos distintos. Su formación inicial estuvo profundamente influida por el pensamiento de santo Tomás de Aquino, particularmente por la concepción del ser humano como una unidad sustancial de cuerpo y alma, dotada de inteligencia y voluntad. Sin embargo, Wojtyła consideró que esta perspectiva debía complementarse con un análisis más profundo de la experiencia subjetiva de la persona (Wojtyła, 1982, pág. 15).

Durante sus estudios y posteriores investigaciones conoció las propuestas de la fenomenología desarrollada por Edmund Husserl y enriquecida posteriormente por Max Scheler. Aunque manifestó reservas frente a algunos presupuestos filosóficos de estos autores, reconoció el valor metodológico de estudiar la experiencia vivida por el sujeto como punto de partida para comprender la acción humana. De esta manera, Wojtyła no abandonó la metafísica tomista, sino que incorporó elementos fenomenológicos para describir con mayor precisión la conciencia, la libertad y la responsabilidad moral (Buttiglione, 1992, pág. 48).

Esta integración constituye uno de los aportes más relevantes de su pensamiento. Mientras el tomismo proporciona una explicación ontológica acerca del ser de la persona, la fenomenología permite comprender cómo esa persona

experimenta interiormente sus decisiones, sus valores y sus relaciones con los demás. Para Wojtyla, ambas perspectivas no resultan contradictorias, sino complementarias, pues la verdad sobre el ser humano requiere tanto una fundamentación metafísica como una descripción rigurosa de la experiencia personal (Crosby, 1996, pág. 25).

Este planteamiento alcanzaría su máxima expresión años más tarde en *Persona y acción*, obra considerada la síntesis filosófica más importante de Karol Wojtyla. En ella sostiene que la persona se revela a sí misma mediante sus actos libres y responsables, de tal manera que cada acción humana manifiesta la dignidad, la racionalidad y la capacidad de autodeterminación del sujeto (Wojtyla, 1982, pág. 18).

1.5.3 La Persona Humana Como Centro de su Filosofía

El progresivo desarrollo intelectual de Karol Wojtyla condujo a una convicción que permanecería constante durante toda su vida: la persona humana constituye el centro de la reflexión filosófica, ética y teológica. Frente a las ideologías totalitarias que redujeron al individuo a un simple instrumento del Estado o de la producción económica, Wojtyla defendió la existencia de una dignidad inherente a cada ser humano, independiente de cualquier condición social, política o cultural (Wojtyla, 1982, pág. 52)

Esta perspectiva comenzó a configurarse mucho antes de su elección como pontífice. Las experiencias vividas durante la ocupación nazi y posteriormente bajo el régimen comunista le permitieron comprobar las consecuencias de toda concepción filosófica que desconoce el valor absoluto de la persona. Por ello,

sostuvo que ninguna organización política ni sistema económico puede justificar la instrumentalización del ser humano, pues cada persona posee un valor propio que exige respeto incondicional (Buttiglione, 1992, pág. 63).

En *Persona y acción*, Wojtyla afirma que el hombre no solamente realiza acciones, sino que, mediante ellas, también se realiza a sí mismo. Cada decisión libre contribuye a la formación de la propia personalidad y expresa la capacidad del sujeto para autodeterminarse conforme a la verdad y al bien. Esta comprensión de la libertad supera las interpretaciones meramente individualistas, ya que la auténtica libertad no consiste en actuar sin límites, sino en orientarse responsablemente hacia el bien de uno mismo y de los demás (Wojtyla, 1982, pág. 76).

Desde esta perspectiva, la filosofía de Karol Wojtyla puede comprenderse como una propuesta personalista que integra metafísica, fenomenología y ética en una visión que une los diferentes aspectos del ser humano. La dignidad de la persona, la libertad responsable, el amor entendido como donación y la apertura a la trascendencia constituyen los pilares fundamentales de un pensamiento que, posteriormente, influiría de manera decisiva tanto en su magisterio pontificio como en la filosofía contemporánea. Estos principios serán analizados con mayor profundidad en los capítulos siguientes, donde se abordará de manera específica la antropología filosófica de Wojtyla y su comprensión de la persona como sujeto libre y relacional.

2. La Persona Como Fundamento de la Acción Moral

La reflexión acerca de la persona humana ha ocupado un lugar central a lo largo de la historia de la filosofía. Desde la Antigüedad hasta el pensamiento contemporáneo, diversos filósofos han intentado responder a preguntas fundamentales relacionadas con la naturaleza del ser humano, su dignidad, su libertad y el sentido de su existencia. Estas cuestiones no sólo poseen una dimensión teórica, sino también una profunda relevancia ética, jurídica y social, pues constituyen el fundamento del reconocimiento de los derechos inherentes a toda persona.

En la actualidad, estas interrogantes continúan vigentes. Los avances científicos, los cambios culturales y las nuevas problemáticas sociales hacen cada vez más necesaria una comprensión integral del ser humano, capaz de explicar no sólo su dimensión biológica, sino también su racionalidad, su libertad, su capacidad de amar y su apertura a la trascendencia. En este contexto, el pensamiento de Karol Wojtyla adquiere especial importancia, ya que propone una antropología filosófica centrada en la dignidad de la persona y en el valor tan grande de cada ser humano (Spaemann, 2000, pág. 168).

2.1 La Noción Filosófica de Persona

El mundo en el que el ser humano desarrolla su existencia está integrado por una diversidad de realidades, entre las cuales es posible distinguir los objetos materiales y los seres personales. Mientras que las cosas constituyen realidades carentes de vida racional y de conciencia, la persona posee inteligencia, voluntad y libertad, capacidades que le permiten conocerse a sí misma, establecer relaciones

con los demás y orientar responsablemente sus acciones hacia determinados fines (Spaemann, 2000, pág. 168).

Por esta razón, el concepto de persona trasciende la simple noción de individuo biológico. Hablar de persona significa reconocer un ser dotado de dignidad intrínseca, cuya existencia posee un valor en sí misma y nunca puede reducirse a la condición de objeto o de medio para alcanzar otros fines. Desde esta perspectiva, la persona constituye el centro de la reflexión ética y filosófica, ya que únicamente ella posee la capacidad de comprender la verdad, ejercer su libertad y asumir responsablemente las consecuencias de sus actos (Buttiglione, 1992, pág. 124).

2.1.1 La Persona Como Sujeto Racional y Libre

La tradición filosófica occidental encuentra una de las definiciones clásicas de persona en Boecio, quien la describe como «substancia individual de naturaleza racional» (*naturae rationalis individua substantia*). Esta formulación marcó profundamente el pensamiento medieval y fue retomada posteriormente por santo Tomás de Aquino, quien desarrolló una comprensión más amplia de la persona al afirmar que su perfección radica en el acto de ser y en la posesión de una naturaleza racional abierta al conocimiento y al amor (Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 29, a. 3).

No obstante, Karol Wojtyła considera que esta definición, aunque esencial, debe complementarse con el estudio de la experiencia concreta del ser humano. Para él, la persona no sólo es un ser racional, sino también un sujeto consciente de sí mismo que se descubre y se realiza mediante sus acciones libres. En consecuencia, comprender a la persona implica analizar tanto su estructura

ontológica como la manera en que vive interiormente sus decisiones y relaciones con los demás (Wojtyla, 1982, pág. 86).

En este sentido, la noción de persona posee un contenido más amplio que los términos *hombre* o *ser humano*. Mientras estos últimos hacen referencia principalmente a la pertenencia a una determinada especie biológica, el concepto de persona expresa la singularidad, la dignidad y la capacidad de trascendencia propias de cada individuo. Como afirma Melendo (2007), «ser persona significa participar de un modo superior en el acto de ser, gracias a la espiritualidad que caracteriza al ser humano» (p. 316). Esta dimensión espiritual fundamenta la originalidad de cada persona y explica su capacidad para conocer la verdad, amar libremente y orientar su existencia hacia el bien.

Desde esta perspectiva, la dignidad de la persona encuentra su fundamento en el ser mismo y no únicamente en sus capacidades o funciones. La riqueza de su acto de ser sostiene tanto su vida interior como el conjunto de sus relaciones morales y sociales. Gracias a ello, el conocimiento y la voluntad trascienden el ámbito puramente biológico y hacen posible una auténtica vida espiritual, característica exclusiva del ser humano (Spaemann, 2000, pág. 170).

Para Wojtyla, la interioridad constituye uno de los rasgos esenciales de la persona. Aunque el ser humano mantiene una constante relación con el mundo exterior mediante los sentidos y la experiencia sensible, dicha relación adquiere un significado propiamente humano cuando es asumida por la conciencia y la libertad. Es precisamente en la vida interior donde la persona reflexiona sobre sus actos,

descubre su identidad y orienta responsablemente su conducta (Wojtyla, 1982, pág. 88).

De este modo, el hombre no reacciona simplemente ante los estímulos del ambiente, como sucede en los seres irracionales. Por el contrario, posee la capacidad de autodeterminarse, es decir, de elegir libremente sus acciones conforme a un juicio racional y moral. En palabras de Wojtyla (1982), «la autodeterminación constituye la estructura fundamental de la persona que actúa» (p. 89), ya que mediante ella el individuo no sólo produce acciones, sino que también se configura a sí mismo como sujeto moral.

En consecuencia, cada persona posee un carácter único e irrepetible. Ningún ser humano puede ser sustituido por otro, pues cada uno constituye un sujeto singular dotado de una historia, una vocación y una dignidad propias. Esta singularidad explica que todas las acciones realizadas por la persona, ya sea en el ámbito familiar, social, político o cultural, expresen siempre la totalidad de quien las realiza y contribuyan a su propio perfeccionamiento. Como señala Spaemann (2000), la persona nunca puede ser tratada como una cosa, puesto que siempre es “alguien” y no simplemente “algo”.

Desde la perspectiva personalista desarrollada por Karol Wojtyla, toda convivencia humana debe reconocer este valor absoluto de la persona. Las instituciones sociales, la cultura, el trabajo y la vida política sólo adquieren legitimidad cuando promueven el desarrollo integral del ser humano y respetan su dignidad inviolable. Este principio constituye el fundamento de su antropología

filosófica y representa uno de los aportes más significativos de su pensamiento al debate filosófico contemporáneo (Buttiglione, 1992, pág. 126).

2.1.2 La Autorrealización de la Persona Mediante la Acción

Uno de los aportes más originales de la filosofía de Karol Wojtyla consiste en afirmar que la persona no sólo actúa, sino que se realiza a sí misma mediante sus acciones. Esta afirmación constituye el eje central de su antropología filosófica, pues permite comprender que toda acción libre posee una doble dimensión: transforma la realidad exterior y, al mismo tiempo, transforma interiormente a quien la ejecuta (Wojtyla, 1982, pág. 95).

En este sentido, la acción humana no puede reducirse a un simple movimiento o comportamiento externo. Toda acción auténticamente humana supone conciencia, libertad y voluntad, elementos que permiten a la persona decidir responsablemente el curso de sus actos. De esta manera, el hombre no sólo produce efectos en el mundo, sino que también configura progresivamente su propia identidad moral.

Como afirma Wojtyla (1982), «toda acción constituye una forma de realización de la persona» (p. 132). Esta realización implica que, mediante cada decisión libre, el individuo se perfecciona o se degrada según el valor moral de aquello que elige. En consecuencia, las acciones nunca son moralmente indiferentes para quien las realiza, pues dejan una huella permanente en la estructura ética de la persona.

La realización personal depende, por tanto, del uso responsable de la libertad. Cuando la persona orienta voluntariamente sus actos hacia el bien,

desarrolla plenamente sus capacidades y fortalece su dignidad. Por el contrario, cuando elige el mal, aunque conserve su condición de persona, deteriora su perfección moral y limita el desarrollo integral de su propio ser (Buttiglione, 1992, pág. 147).

Desde esta perspectiva, la acción posee también una dimensión ontológica. No sólo modifica las circunstancias externas, sino que contribuye al perfeccionamiento del sujeto que actúa. La persona se construye a sí misma mediante sus decisiones, ya que cada acto libre participa en la configuración de su carácter, de sus virtudes y de su proyecto de vida.

Esta realización interior encuentra su fundamento en la conciencia. Antes de actuar, la persona reflexiona, juzga y valora las diversas posibilidades de acción; posteriormente decide libremente aquella que considera conforme con el bien. Gracias a este proceso, el hombre se convierte en autor responsable de sus propios actos y asume las consecuencias derivadas de ellos (Wojtyla, 1982, pág. 135).

Como señala Spaemann (2000), la libertad no constituye únicamente la capacidad de elegir entre diversas opciones, sino la posibilidad de orientar la existencia hacia la realización del bien. De este modo, la acción libre adquiere un profundo sentido personalista, ya que permite al ser humano perfeccionarse continuamente como individuo y fortalecer su apertura hacia los demás.

2.1.3 El Valor Personalista de la Acción Humana

La filosofía personalista de Karol Wojtyla sostiene que toda acción humana posee un valor que trasciende sus resultados inmediatos. Más allá de los efectos externos que pueda producir, la acción manifiesta el valor de la persona que la

realiza y expresa su capacidad de autodeterminación. Por ello, la acción constituye uno de los medios privilegiados mediante los cuales el ser humano revela quién es y orienta su existencia hacia la consecución del bien (Wojtyla, 1982, pág. 168).

El valor personalista de la acción radica precisamente en que cada acto libre compromete a toda la persona. No se trata únicamente de ejecutar una conducta determinada, sino de realizar una elección que afecta la propia identidad moral. En consecuencia, el valor de la acción no depende exclusivamente de sus resultados, sino de la intención, la libertad y la responsabilidad con que ha sido realizada.

Para Wojtyla, la autodeterminación constituye una de las manifestaciones más profundas de la dignidad humana. Ninguna persona puede sustituir la decisión libre de otra, ya que cada individuo es responsable de sus propios actos. La libertad permite que el hombre sea auténtico autor de su conducta y, por ello, nadie puede querer, decidir o amar en lugar de otro (Wojtyla, 1982, pág. 170).

Esta característica explica la incomunicabilidad propia de la persona. Cada ser humano posee una interioridad única desde la cual toma sus decisiones y orienta su proyecto de vida. Aunque la convivencia humana implica influencia mutua, educación y cooperación, la decisión moral permanece siempre como un acto estrictamente personal e irrepetible (Buttiglione, 1992, pág. 151).

Estas consideraciones adquieren una importancia especial en las relaciones interpersonales. En Amor y responsabilidad, Wojtyla (2013) afirma que la persona nunca debe ser utilizada como un medio para satisfacer intereses particulares, sino que siempre debe ser reconocida como un fin en sí misma. Este principio constituye

una de las bases fundamentales de la ética personalista y expresa el respeto absoluto por la dignidad humana.

En consecuencia, las relaciones entre el hombre y la mujer deben fundamentarse en el reconocimiento recíproco de su igual dignidad. Ambos poseen la misma condición personal, la misma libertad y el mismo valor moral; por ello, cualquier forma de instrumentalización contradice la naturaleza misma de la persona. El amor auténtico exige respeto, entrega recíproca y reconocimiento del otro como sujeto libre y digno (Wojtyla, 2013, pág. 37).

De esta manera, el valor personalista de la acción se convierte en el fundamento de toda convivencia humana, pues únicamente cuando las acciones respetan la dignidad de la persona es posible construir relaciones auténticamente humanas saludables y una sociedad orientada hacia el bien común.

2.1.4 Autoconocimiento, Conciencia y Experiencia de la Acción

Uno de los principios fundamentales de la antropología filosófica de Karol Wojtyla consiste en afirmar que la persona llega a conocerse plenamente a través de sus propias acciones. El ser humano no sólo tiene conciencia de que actúa, sino que, al actuar libremente, descubre aspectos esenciales de sí mismo y comprende progresivamente quién es (Wojtyla, 1982, pág. 178).

La experiencia constituye el punto de partida de este conocimiento. Toda acción realizada permite al hombre encontrarse consigo mismo y tomar conciencia de su propia interioridad. En este sentido, la experiencia no debe entenderse únicamente como la percepción sensible de la realidad, sino como el conjunto de

vivencias mediante las cuales la persona descubre el significado de sus decisiones, de sus valores y de su existencia.

Desde una perspectiva fenomenológica, Wojtyla considera que la experiencia humana posee una unidad profunda. Aunque cada acción constituye un acontecimiento singular e irrepetible, todas ellas forman parte de un proceso continuo mediante el cual la persona configura su identidad. La experiencia del hombre no consiste simplemente en una acumulación de sensaciones o emociones, sino en la integración consciente de los actos que realizan su existencia y que manifiestan su humanidad (Wojtyla, 1982, pág. 75).

Toda experiencia del mundo exterior se encuentra inseparablemente unida a la experiencia del propio yo. Cada vez que el hombre conoce la realidad que lo rodea, al mismo tiempo se descubre a sí mismo como sujeto capaz de conocer, valorar y decidir. Esta doble dimensión convierte la experiencia en el fundamento del conocimiento antropológico y permite comprender la unidad entre conciencia, libertad y acción.

Como afirma Wojtyla (1982), la experiencia constituye la fuente originaria del conocimiento acerca de la persona. Gracias a ella es posible comprender no sólo las acciones humanas, sino también la estructura interior que las hace posibles. De este modo, la relación entre persona y acción encuentra en la experiencia su fundamento más sólido, pues es precisamente en la acción donde la persona se revela y manifiesta su auténtica identidad.

Definitivamente, la acción libre favorece la integración de todas las dimensiones del ser humano. La inteligencia, la voluntad, la afectividad y la corporalidad convergen en una unidad personal que hace posible la realización integral de la persona. En esta integración se manifiesta la libertad como capacidad de orientar responsablemente la propia existencia hacia el bien, alcanzando así la plenitud que constituye el fin último de la vida personal (Spaemann, 2000, pág. 182).

2.1.5 Rasgos Constitutivos de la Persona Humana

La persona humana posee una serie de cualidades que la distinguen del resto de los seres creados y que fundamentan su dignidad. Desde la perspectiva del personalismo de Karol Wojtyla, estas características no constituyen únicamente atributos accidentales, sino dimensiones esenciales que hacen posible la realización integral del ser humano mediante el ejercicio libre y responsable de sus acciones (Wojtyla, 1982, pág. 83).

La tradición filosófica cristiana ha señalado que la persona, por su naturaleza espiritual, participa de una dignidad singular que se manifiesta en diversas perfecciones, entre las que destacan la libertad, la responsabilidad, la capacidad de amar y la orientación de toda su existencia hacia el bien y la verdad (Melendo, 2007, pág. 308).

- **La libertad:** constituye una de las notas esenciales de la persona. Gracias a su inteligencia y voluntad, el ser humano posee la capacidad de elegir consciente y responsablemente entre diversas posibilidades de acción. Para Wojtyla (1982), la libertad no consiste únicamente en la facultad de escoger, sino en la capacidad de autodeterminarse mediante elecciones orientadas

hacia el bien. En este sentido, cada decisión libre contribuye a la realización de la persona y fortalece su identidad moral.

- **La responsabilidad:** La libertad implica necesariamente responsabilidad. Toda persona responde por los actos que realiza y por las consecuencias derivadas de ellos. La responsabilidad supone reconocer que cada decisión compromete no sólo el propio desarrollo personal, sino también la relación con los demás y con la sociedad. En consecuencia, el hombre está llamado a orientar su actuar hacia el bien común, procurando que sus acciones favorezcan la justicia, la solidaridad y el respeto por la dignidad humana (Buttiglione, 1992, pág. 157).
- **El amor de amistad:** Otra característica esencial de la persona es su capacidad para amar. El amor constituye la expresión más elevada de la libertad, pues permite reconocer al otro como un fin en sí mismo y nunca como un simple medio para satisfacer intereses particulares. En *Amor y responsabilidad*, Wojtyla (2013) sostiene que la auténtica relación interpersonal sólo es posible cuando existe un reconocimiento recíproco de la dignidad personal, de manera que el amor se convierte en una entrega libre y responsable. Es así como el amor se opone al egoísmo que puede surgir en el desarrollo de las relaciones interpersonales como un vicio y no como una virtud constructiva.

Esta capacidad de amar fundamenta la vida familiar, la amistad y toda forma de convivencia humana, ya que impulsa a la persona a salir de sí misma para buscar el bien del otro sin renunciar a su propia identidad.

- **La apertura a la trascendencia:** La persona posee una dimensión espiritual que la orienta hacia la búsqueda de la verdad y del bien supremo. Esta apertura a la trascendencia constituye uno de los rasgos distintivos del ser humano y explica su permanente deseo de plenitud. Para la antropología cristiana, el hombre encuentra la realización definitiva cuando orienta libremente su existencia hacia Dios, fundamento último de su dignidad y de su vocación personal (Juan Pablo II, 1995).

En conjunto, estas características manifiestan que la persona alcanza su plenitud mediante el ejercicio consciente de la libertad, la responsabilidad y el amor. La acción humana adquiere así un profundo sentido personalista, pues constituye el medio a través del cual el hombre realiza su vocación, fortalece su dignidad y construye relaciones auténticamente humanas.

2.1.6 La Acción Como Expresión del ser personal

Dentro del pensamiento filosófico de Karol Wojtyla, la acción representa uno de los elementos fundamentales para comprender la naturaleza de la persona. El hombre no puede entenderse únicamente por aquello que es desde un punto de vista ontológico, sino también por aquello que realiza mediante sus actos libres. Por ello, la acción constituye una expresión privilegiada de la persona y un medio para descubrir su identidad más profunda (Wojtyla, 1982, pág. 89).

La tradición clásica entiende el acto humano como una acción realizada con conocimiento y libertad. Sin embargo, Wojtyla amplía esta comprensión al señalar que la acción no sólo manifiesta la existencia de la persona, sino que también la

configura y perfecciona. En consecuencia, cada acto libre constituye una expresión concreta del dinamismo propio del ser personal.

Como afirma Wojtyla (1982), la acción humana equivale a la actuación del hombre en cuanto persona, pues únicamente las acciones conscientes y voluntarias permiten comprender plenamente la riqueza del sujeto que las realiza. La persona no actúa de manera automática; por el contrario, cada una de sus acciones implica reflexión, deliberación y decisión responsable.

La acción humana debe interpretarse, por tanto, como una manifestación del dinamismo interior de la persona. Gracias a ella, el individuo actualiza sus capacidades, desarrolla sus virtudes y orienta libremente su existencia hacia determinados fines. En este sentido, la acción no constituye un hecho aislado, sino una dimensión inseparable del ser personal (Buttiglione, 1992, pág. 163).

Uno de los aspectos más relevantes de este proceso es la conciencia. El hombre no sólo ejecuta acciones, sino que sabe que las realiza y reconoce que es él mismo quien las lleva a cabo. Esta conciencia de actuar permite a la persona asumir la autoría de sus decisiones y reconocer su responsabilidad moral frente a ellas.

La conciencia desempeña una función reflexiva que acompaña permanentemente la acción humana. No crea el conocimiento de la realidad, sino que ilumina interiormente aquello que la inteligencia ha comprendido y permite al sujeto valorar moralmente sus propios actos. De esta manera, la conciencia

favorece la integración entre inteligencia, voluntad y libertad, haciendo posible una auténtica autodeterminación (Spaemann, 2000, pág. 173).

Desde una perspectiva fenomenológica, Wojtyla considera que la conciencia constituye el espacio donde la persona experimenta la unidad de su vida interior. En ella convergen la experiencia, la reflexión y la decisión, permitiendo que el hombre se conozca a sí mismo mientras actúa. Gracias a este proceso, la persona descubre progresivamente quién es y cuál es el sentido de su existencia.

Por ello, la conciencia no debe entenderse como una realidad independiente del sujeto, sino como una propiedad constitutiva de la persona que acompaña todo su dinamismo vital. La acción libre se convierte así en el ámbito privilegiado donde la persona manifiesta su dignidad, ejerce responsablemente su libertad y fortalece su desarrollo moral (Wojtyla, 1982, pág. 92).

En consecuencia, puede afirmarse que la acción constituye uno de los rasgos característicos de la persona, ya que mediante ella el ser humano actualiza sus potencialidades, construye su identidad y orienta su vida hacia la realización del bien. La unidad entre ser, conciencia y acción representa uno de los aportes más significativos de la antropología filosófica de Karol Wojtyla y constituye el fundamento de su propuesta personalista.

2.2. La Dimensión Axiológica de la Persona

Los valores constituyen uno de los fundamentos esenciales de la vida humana, ya que orientan las decisiones, las acciones y las relaciones que la persona establece con los demás. Desde la perspectiva del personalismo filosófico, los valores no representan simples preferencias subjetivas, sino realidades que

pueden ser conocidas, apreciadas y asumidas libremente por el ser humano. En consecuencia, el valor adquiere una dimensión ética cuando es reconocido por la inteligencia y elegido responsablemente por la voluntad (Wojtyla, 1982, pág. 94).

El análisis fenomenológico desarrollado por Max Scheler permite comprender que los valores se manifiestan en la experiencia humana siguiendo un orden jerárquico. El hombre no percibe todos los valores con la misma importancia, sino que descubre en ellos diversos grados de superioridad e inferioridad. Esta jerarquía constituye el fundamento sobre el cual la persona orienta sus decisiones morales y configura progresivamente su proyecto de vida (Scheler, 2001, pág. 63).

Cuando se habla del *ethos* de la persona, se hace referencia precisamente al conjunto de valores que orientan su conducta habitual. El *ethos* expresa la forma concreta en que el individuo vive y organiza sus acciones conforme a una determinada escala de bienes, permitiendo que la experiencia moral se traduzca en hábitos y virtudes que fortalecen su desarrollo personal (Scheler, 2001, pág. 63).

Desde esta perspectiva, la persona responde continuamente a los valores presentes en su realidad. Dicha respuesta sólo es posible gracias a la libertad, facultad mediante la cual el ser humano puede reconocer el bien, deliberar sobre él y decidir responsablemente su actuación. Por ello, la experiencia moral implica siempre un encuentro entre la verdad objetiva del bien y la decisión libre del sujeto que actúa (Wojtyla, 1982, pág. 92).

La experiencia del valor está íntimamente vinculada al conocimiento de la verdad. Cada vez que la persona reconoce un bien auténtico, descubre

simultáneamente el valor que éste posee y comprende que su realización contribuye a su propio perfeccionamiento. En consecuencia, la verdad no constituye un elemento ajeno a la moralidad, sino el fundamento que permite orientar correctamente la libertad hacia el bien (Juan Pablo II, 1995).

La relación entre la persona y los valores da origen al conocimiento moral. Este conocimiento no permanece únicamente en el plano intelectual, sino que influye directamente en la voluntad y en las decisiones concretas que el individuo adopta en su vida cotidiana. De este modo, la libertad encuentra su auténtico sentido cuando se orienta hacia la realización del bien objetivo y no simplemente hacia la satisfacción de deseos inmediatos (Buttiglione, 1992, pág. 166).

Karol Wojtyla sostiene que toda acción humana deja una huella permanente en quien la realiza. Aunque las acciones poseen un inicio y un término desde el punto de vista temporal, sus efectos morales permanecen en la persona porque contribuyen a configurar su carácter y su identidad ética. En este sentido, la moralidad constituye una dimensión objetiva de la acción humana, mediante la cual el hombre se perfecciona o se degrada conforme al bien o al mal que libremente elige (Wojtyla, 1982, pág. 93).

En consecuencia, puede afirmarse que la persona no sólo realiza acciones, sino que también se realiza mediante ellas. Cada decisión fortalece determinadas disposiciones interiores y favorece el desarrollo de virtudes o, por el contrario, la formación de hábitos contrarios al bien. La moralidad no se reduce, por tanto, a la valoración externa de las acciones, sino que alcanza la estructura misma de la persona.

La fenomenología de los valores desarrollada por Scheler sostiene que éstos poseen una objetividad que no depende exclusivamente de la percepción subjetiva de quien los experimenta. Los valores existen independientemente de la conciencia individual, aunque sólo pueden ser conocidos plenamente mediante la experiencia vivida y la apertura interior de la persona (Scheler, 2001, pág. 64).

No obstante, Wojtyla complementa esta perspectiva señalando que la experiencia de los valores alcanza su verdadera plenitud cuando éstos son asumidos libremente por la persona. El valor moral no permanece como una realidad abstracta, sino que se concreta en las acciones responsables mediante las cuales el individuo orienta su existencia hacia el bien (Wojtyla, 1982, pág. 95).

En este sentido, el bien moral representa la realización objetiva del valor más elevado reconocido por la inteligencia y querido libremente por la voluntad. El mal, por el contrario, consiste en la elección consciente de un bien inferior cuando se conoce la existencia de un bien superior, produciendo una desintegración del orden moral de la persona (Scheler, 2001, pág. 66).

La sensibilidad moral puede desarrollarse progresivamente mediante la educación, la experiencia y la práctica constante de las virtudes. A medida que la persona madura, descubre nuevos valores y aprende a jerarquizarlos adecuadamente, fortaleciendo así su capacidad para tomar decisiones más responsables. Este crecimiento moral se encuentra estrechamente relacionado con el amor, entendido como la apertura libre hacia el bien del otro y hacia la realización del propio ser (Spaemann, 2000, pág. 177).

Por ello, los valores constituyen el fundamento de toda convivencia humana. De ellos surgen las normas morales que regulan la vida social y orientan las relaciones entre las personas hacia el respeto, la justicia, la solidaridad y el bien común. La ética estudia precisamente este conjunto de acciones libres en cuanto son buenas o malas, permitiendo comprender de qué manera la persona alcanza su realización moral mediante el ejercicio responsable de la libertad.

2.2.1 Dimensión Moral de la Acción Humana

La moralidad constituye una dimensión esencial de la acción humana, ya que únicamente los actos realizados por una persona consciente y libre pueden ser objeto de valoración moral. Las acciones humanas no son simples acontecimientos naturales, sino expresiones del dinamismo propio de la persona, quien actúa deliberadamente y asume la responsabilidad de sus decisiones. Por ello, la moralidad representa un rasgo intrínseco de la acción personal y distingue al ser humano de cualquier otra realidad creada (Wojtyla, 1982, pág. 112).

Desde la perspectiva de Karol Wojtyla, la acción humana sólo puede comprenderse plenamente cuando se considera la relación inseparable entre persona, conciencia y libertad. El acto moral nace de una decisión consciente mediante la cual el sujeto reconoce un bien, delibera sobre él y lo elige libremente. En consecuencia, toda acción auténticamente humana presupone la intervención de la inteligencia y de la voluntad, facultades que hacen posible la autodeterminación de la persona (Buttiglione, 1992, pág. 181).

La experiencia moral permite descubrir que las acciones poseen una dimensión interior que trasciende sus efectos externos. Cuando una persona actúa,

no sólo transforma la realidad que la rodea, sino que también se transforma a sí misma. Por esta razón, el bien y el mal no representan únicamente calificaciones externas de la conducta, sino realidades que configuran progresivamente el carácter moral de quien actúa (Wojtyla, 1982, pág. 113).

En este sentido, la experiencia de la persona se manifiesta a través de la acción. Como señala Wojtyla (1982), la persona se revela mediante sus actos, pues es precisamente en el ejercicio libre de la voluntad donde se hace visible su identidad moral. La acción constituye así el ámbito privilegiado para comprender quién es verdaderamente el hombre y cuál es el sentido de su existencia.

La antropología filosófica y la ética encuentran aquí un punto de convergencia. La primera estudia la naturaleza de la persona, mientras que la segunda analiza la calidad moral de sus acciones; sin embargo, ambas disciplinas resultan inseparables, porque la moralidad sólo puede comprenderse adecuadamente a partir de la realidad personal del sujeto que actúa. Como afirma Buttiglione (1992), el pensamiento de Wojtyla supera la separación tradicional entre antropología y ética al mostrar que toda acción moral expresa simultáneamente la estructura ontológica y la vocación ética de la persona.

La trascendencia de la persona constituye otro elemento fundamental de este análisis. El hombre no permanece encerrado en sus impulsos naturales, sino que posee la capacidad de elevarse por encima de ellos mediante decisiones libres y responsables. Gracias a esta trascendencia interior, la persona dirige conscientemente sus acciones hacia bienes superiores y se convierte en auténtico sujeto de su propia historia (Spaemann, 2000, pág. 178).

Esta comprensión de la acción tiene sus raíces en la tradición aristotélico-tomista, particularmente en la doctrina del acto y la potencia, según la cual el ser humano actualiza progresivamente sus capacidades mediante el ejercicio libre de sus acciones. Wojtyla retoma esta tradición metafísica y la enriquece con el método fenomenológico, mostrando que la experiencia interior confirma aquello que la metafísica afirma acerca del dinamismo del ser personal (Wojtyla, 1982, pág. 114).

Por ello, la moralidad no constituye un elemento añadido a la acción humana, sino una dimensión constitutiva de la persona. Cada decisión libre manifiesta el grado de madurez moral del individuo y contribuye a orientar su existencia hacia la realización del bien. En consecuencia, comprender la moralidad de las acciones humanas significa comprender el proceso mediante el cual la persona construye responsablemente su propia identidad.

2.2.2 Libertad Bien Moral y Perfeccionamiento de la Persona

Una de las afirmaciones fundamentales del personalismo de Karol Wojtyla consiste en señalar que las acciones no sólo poseen un valor moral, sino que repercuten directamente sobre la persona que las realiza. Toda acción libre deja una huella permanente en el sujeto, de modo que el hombre llega a ser moralmente bueno o moralmente malo según las decisiones que adopta a lo largo de su vida (Wojtyla, 1982, pág. 122).

El bien y el mal se manifiestan inicialmente en las acciones concretas; sin embargo, sus efectos trascienden el acto mismo y alcanzan a la persona que actúa. Cada decisión fortalece o debilita las disposiciones morales del sujeto, configurando

progresivamente su carácter y orientando su proyecto de vida. En consecuencia, la acción nunca resulta indiferente para quien la ejecuta.

Desde esta perspectiva, la persona constituye tanto el origen como el destino de la moralidad. Ella es quien decide libremente sus acciones y, al mismo tiempo, quien experimenta las consecuencias éticas derivadas de esas decisiones. Por ello, Wojtyla sostiene que el hombre no sólo realiza acciones buenas o malas, sino que llega a ser bueno o malo mediante ellas (Wojtyla, 1982, pág. 123).

Ser moralmente bueno significa realizar plenamente la vocación propia del ser humano. La bondad moral no consiste únicamente en el cumplimiento externo de normas, sino en la conformación interior de la persona con el bien objetivo. De manera semejante, el mal moral representa una desintegración de la unidad personal al apartar la voluntad del auténtico bien (Juan Pablo II, 1993).

Esta transformación moral sólo es posible gracias a la libertad. El hombre posee la capacidad de elegir entre diversas posibilidades de acción y, precisamente por ello, puede asumir la responsabilidad de sus decisiones. La libertad no constituye una simple independencia frente a cualquier norma, sino la capacidad de orientar voluntariamente la propia existencia hacia aquello que perfecciona a la persona (Spaemann, 2000, pág. 192).

La voluntad ocupa un lugar central en este proceso. Es mediante ella como el individuo dirige conscientemente sus acciones hacia un determinado fin, integrando inteligencia, afectividad y libertad en una única decisión personal. La

voluntad convierte a la persona en auténtica autora de sus actos y hace posible la autodeterminación que caracteriza al ser humano (Buttiglione, 1992, pág. 185).

En este punto resulta oportuno recordar el diálogo que Wojtyla establece con la filosofía moral de Immanuel Kant. El filósofo alemán destacó acertadamente la importancia de la autonomía y de la dignidad de la persona como fundamento de la moralidad. No obstante, Wojtyla considera que la libertad no puede entenderse únicamente como autonomía formal, sino como una realidad profundamente arraigada en la estructura ontológica de la persona. La autodeterminación requiere un sujeto real que exista y actúe libremente; por ello, la libertad encuentra su fundamento en el ser mismo de la persona y no únicamente en el deber moral (Buttiglione, 1992, pág. 186).

Desde esta perspectiva, la capacidad de elegir constituye una manifestación privilegiada de la dignidad humana. Cada elección confirma la independencia interior de la persona y revela su responsabilidad frente al bien conocido. Sin embargo, la libertad nunca puede identificarse con la facultad de hacer cualquier cosa. Como recuerda Juan Pablo II (1995), la verdadera libertad sólo alcanza su plenitud cuando se encuentra al servicio de la verdad y del bien.

Por ello puede afirmarse que el hombre posee libertad para actuar, pero no un derecho moral para elegir el mal. La auténtica libertad consiste en orientar voluntariamente la existencia hacia aquellos bienes que perfeccionan a la persona y favorecen el desarrollo integral de la comunidad. En consecuencia, las acciones moralmente buenas constituyen la expresión más elevada de la dignidad humana, porque manifiestan la unión entre verdad, libertad y responsabilidad.

2.3. La Dignidad de la Persona Como Fundamento Ético

La dignidad constituye el fundamento de toda la antropología filosófica de Karol Wojtyla. Cuando se habla de dignidad no se hace referencia a una cualidad adquirida ni a un reconocimiento otorgado por la sociedad, sino al valor intrínseco que posee cada ser humano por el simple hecho de ser persona. En consecuencia, la dignidad pertenece a la esencia misma del hombre y no depende de sus capacidades, de su condición social ni de las circunstancias en las que desarrolla su existencia (Burgos, 2019, pág. 15).

La persona existe siempre como un ser concreto e irrepetible. No existe "el hombre" entendido de manera abstracta, sino hombres y mujeres particulares, dotados de inteligencia, libertad y voluntad. Cada persona constituye un sujeto que posee existencia propia y que nunca puede reducirse a la condición de objeto o instrumento al servicio de otros intereses.

La singularidad de cada persona constituye el fundamento inmediato de su dignidad. Ser persona significa poseer un valor propio, independiente de cualquier utilidad práctica o función social. Mientras los objetos poseen un valor instrumental, porque sirven para alcanzar determinados fines, la persona posee un valor absoluto que exige ser reconocida y respetada por sí misma (Burgos, 2019, pág. 16).

Desde la filosofía clásica, la dignidad se relacionó inicialmente con la noción de bien (*bonum*) y de perfección del ser. Santo Tomás de Aquino explica que la persona representa lo más perfecto existente en toda la naturaleza, precisamente porque posee una naturaleza racional capaz de conocerse y dirigirse libremente hacia el bien (Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 29, a. 3). Sobre este

fundamento metafísico se desarrolla posteriormente la reflexión personalista de Karol Wojtyła.

Max Scheler distingue entre los bienes concretos y los valores que éstos manifiestan. Los bienes pertenecen al orden del ser, mientras que los valores expresan la perfección que dichos bienes contienen y que puede ser reconocida por la persona mediante la experiencia moral (Scheler, 2001). Wojtyła retoma esta intuición fenomenológica, pero la integra con la metafísica tomista, mostrando que el valor encuentra su fundamento último en el ser mismo de la persona.

Por ello, la dignidad no constituye un valor añadido al hombre, sino la expresión de su propio ser personal. Como señala Melendo (2007), la dignidad puede entenderse como el valor inherente al ente que posee interioridad, libertad, incomunicabilidad y apertura a la trascendencia. Estas características hacen que la persona ocupe un lugar singular dentro del conjunto de los seres y fundamentan la exigencia moral de reconocerla siempre como un fin en sí misma.

La experiencia humana permite descubrir esta dignidad tanto en uno mismo como en los demás. Cada vez que la persona actúa libremente, toma conciencia de su valor y del deber de respetar el valor de quienes la rodean. La dignidad, por tanto, no permanece como una noción abstracta, sino que se manifiesta continuamente en las relaciones interpersonales, en la convivencia social y en las decisiones morales que orientan la vida cotidiana (Burgos, 2019, pág. 16).

Desde la perspectiva personalista, la persona constituye siempre un fin en sí misma. Su capacidad de autodeterminación le permite orientar libremente su

existencia hacia el bien y realizarse mediante sus propias acciones. Precisamente porque posee esta capacidad de autodominio y de autodonación, la persona nunca puede ser utilizada como un simple medio para alcanzar intereses particulares (Burgos, 2019, pág. 18).

2.3.1 La Norma Personalista y el Respeto

La dignidad humana alcanza su plenitud cuando la persona descubre su vocación al amor. Para Wojtyla, el amor constituye la respuesta más adecuada al valor de la persona, pues únicamente mediante la entrega libre y desinteresada es posible reconocer plenamente la dignidad propia y la del otro. Amar significa afirmar el valor de la persona por ella misma y procurar siempre su auténtico bien (Wojtyla, 2013, pág. 42).

Esta comprensión encuentra su fundamento último en la antropología cristiana. El libro del Génesis afirma que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 26-27), razón por la cual posee una dignidad inviolable que ninguna circunstancia puede destruir. San Juan Pablo II desarrolló ampliamente esta enseñanza al afirmar que la dignidad humana constituye el principio y el fundamento de todos los derechos de la persona (Juan Pablo II, 1995).

La verdad sobre la persona no consiste únicamente en reconocer que posee un valor superior al resto de los seres creados, sino también en comprender que dicho valor genera una exigencia moral. Ser persona implica un deber de respeto hacia sí mismo y hacia los demás. En consecuencia, la dignidad no sólo describe lo que la persona es, sino que orienta la manera en que debe actuar y ser tratada dentro de la sociedad.

A partir de este principio, Karol Wojtyla formula la norma personalista, considerada uno de los aportes más relevantes de su filosofía moral. Dicha norma establece que la persona debe ser afirmada siempre por sí misma y jamás utilizada únicamente como un medio para alcanzar otros fines. Toda relación auténticamente humana debe fundamentarse en el reconocimiento del valor absoluto de la persona y en el respeto incondicional de su dignidad (Wojtyla, 2013, pág. 43).

La norma personalista fundamenta la ética al reconocer a la persona como un fin en sí misma. De este principio nacen la justicia, la solidaridad y el respeto mutuo; cuando la persona es usada como instrumento, se vulneran gravemente su dignidad y sus derechos fundamentales.

3. La Realización de la Persona en el Amor y la Responsabilidad

Los antiguos griegos dieron el nombre de *eros* al amor entre el hombre y la mujer, que no necesariamente nace del pensamiento o la voluntad, sino en cierto sentido le es impuesto en su naturaleza al ser humano. Entre los griegos se hablaba poco del *eros*, usan algunos términos para referirse al amor: *eros*, *philia* (amor de amistad) y *agapé*- prefieren este último. La palabra *agapé*, denota sin duda algo esencial en la novedad del cristianismo, es un modo para entender el amor, cosa que con el creciente radicalismo en la Ilustración esto tenía una repercusión absolutamente negativa. El cristianismo según Nietzsche, dio de beber un veneno al *eros* hasta que lo convirtió en un vicio, esto mediante los preceptos y las prohibiciones que hace la Iglesia (Benedicto XVI, 2005, pág. 3).

Los griegos consideraban el *eros* ante todo como un arrebató, una locura divina que prevalece sobre la razón, arranca al hombre de la limitación de su existencia, por lo que todas las demás potencias entre el cielo y la tierra parecen de segunda importancia. Dice Virgilio en las bucólicas –el amor todo lo vence-. En el campo de las religiones, esta actitud se ha plasmado en los cultos de la fertilidad, entre ellos la prostitución sagrada que se daba en los templos, porque el *eros* se celebraba como una fuerza divina, como en comunión con la divinidad. La falsa divinización del *eros* lo priva de su dignidad y lo deshumaniza; por eso el *eros* ebrio e indisciplinado no es la elevación, éxtasis hacia lo divino, es por el contrario la caída, la degradación del hombre. El *eros* necesita meterse en un ámbito de disciplina y purificación, para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle degustar lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser (Benedicto XVI, 2005, pág. 4).

Benedicto XVI afirma que: “*en la historia del eros y en la actualidad existe una cierta relación, principalmente entre el amor y lo divino: el amor promete infinitud, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana*” (2005, pág. 5). El camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto, hace falta una purificación y maduración, que incluyen también una renuncia. No se trata, pues, de envenenar ni rechazar al eros sino desintoxicarlo para que alcance su verdadera grandeza. Esto depende ante todo de la constitución natural del ser humano, cuerpo y alma. El hombre completa realmente su ser cuando logra conformar cierta unidad íntima entre cuerpo y alma.

Si intentáramos aceptar sólo el cuerpo y rechazar el alma o viceversa, perderíamos la dignidad ya que ni el espíritu ni la carne aman, quien ama es el hombre, la persona, de forma unitaria. Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en unidad, se llega a la plenitud. Es el único camino por el cual el amor eros puede madurar hasta alcanzar su verdadera grandeza.

El amor constituye una de las categorías fundamentales del pensamiento ético de Karol Wojtyla. En su obra *Amor y responsabilidad*, el autor desarrolla una reflexión filosófica que supera la comprensión meramente afectiva o sentimental del amor para presentarlo como un acto plenamente humano, libre y responsable. Desde esta perspectiva, el amor implica el reconocimiento del valor objetivo de la persona y exige una respuesta moral fundada en el respeto a su dignidad. Incluso señala que el amor es el acto más elevado de la libertad porque representa la máxima expresión de la autodeterminación de la persona (Wojtyla, 2013, pág. 75).

En consecuencia, el amor representa una expresión de responsabilidad hacia el otro y, al mismo tiempo, una responsabilidad ante Dios, pues toda persona participa de una dignidad que trasciende cualquier utilidad o interés particular. Desde esta perspectiva, el verdadero amor exige reconocer al otro como un bien en sí mismo y orientar las propias acciones hacia su realización integral (Crosby, 1996, pág. 215).

3.1. El significado filosófico del amor

Para comprender el pensamiento de Wojtyla es necesario partir de una noción filosófica del amor. Amar no consiste únicamente en experimentar un sentimiento intenso ni en responder a una inclinación afectiva, sino en reconocer el valor objetivo de la persona y querer auténticamente su bien. El amor posee, por tanto, una dimensión racional y voluntaria que orienta toda la existencia hacia el otro. Como afirma el propio autor: "El amor es siempre una relación recíproca entre personas fundada en la actitud común hacia un bien" (Wojtyla, 2013, pág. 73).

Esta definición permite comprender que el amor no surge únicamente de la atracción física o emocional, sino de la libre decisión de buscar un bien compartido que perfeccione a ambas personas. El bien común constituye el fundamento sobre el cual el amor adquiere estabilidad y profundidad.

En este sentido, el amor humano entre el hombre y la mujer representa un caso particular del amor interpersonal. Aunque incorpora dimensiones biológicas, psicológicas y afectivas, no puede reducirse a ellas. La sexualidad constituye un elemento importante de la persona, pero únicamente alcanza su pleno significado

cuando queda integrada en el amor personal y en la libre donación de sí mismo (Wojtyla, 2013, pág. 76).

Por ello, el análisis del amor no puede limitarse a un enfoque psicológico o biológico. Resulta indispensable una reflexión filosófica que considere la totalidad de la persona. Como señala Buttiglione (1997), para Wojtyla el amor sólo puede comprenderse adecuadamente cuando se reconoce la unidad entre cuerpo, afectividad, inteligencia y voluntad, dimensiones inseparables de la persona humana.

Desde esta perspectiva, amar significa salir del propio egoísmo para descubrir el valor irrepetible del otro. El amor auténtico no elimina la individualidad de las personas, sino que la fortalece mediante una comunión libre entre dos sujetos que permanecen distintos.

En palabras de Robert Spaemann (2000), amar consiste en afirmar al otro por sí mismo, reconociendo su dignidad con independencia de cualquier utilidad o beneficio personal. De ahí que el amor verdadero excluya toda forma de manipulación o instrumentalización.

Como expresa Juan Manuel Burgos (2012), el personalismo contemporáneo entiende el amor como la máxima expresión de la dignidad humana, porque sólo mediante la donación libre la persona alcanza su pleno desarrollo.

En consecuencia, el amor constituye una experiencia en la que un "yo" y un "tú" permanecen distintos, pero encuentran una unidad fundada en el reconocimiento mutuo y en la búsqueda compartida del bien. La afectividad desempeña un papel

importante porque favorece el encuentro interpersonal; sin embargo, necesita ser iluminada por la razón y orientada por la voluntad para convertirse en un amor verdaderamente humano.

Wojtyla explica que el atractivo constituye normalmente el punto inicial de la relación entre el hombre y la mujer. No obstante, dicho atractivo debe transformarse progresivamente en una elección libre y consciente de la persona amada. Cuando esta evolución no ocurre, el amor corre el riesgo de reducirse al deseo egoísta o al simple placer. Por ello afirma: "Sólo las personas participan del amor" (Wojtyla, 2013, pág. 88).

Esta expresión resume uno de los principios fundamentales del personalismo wojtyliano. Sólo quien reconoce la dignidad de la otra persona puede establecer una relación auténticamente amorosa. El amor exige libertad, reciprocidad, responsabilidad y una orientación permanente hacia el bien del otro.

En el matrimonio esta verdad alcanza su máxima expresión. La unión entre el hombre y la mujer constituye una comunidad de personas que libremente deciden compartir un proyecto común de vida. La entrega recíproca descrita en el relato del Génesis como "una sola carne" sólo adquiere su pleno significado cuando ninguno de los esposos convierte al otro en un instrumento para satisfacer intereses personales. El verdadero amor conyugal exige una comunión de personas basada en la libertad, la igualdad y el respeto mutuo (Wojtyla, 2013, pág. 78).

La experiencia del amor permite comprender la estrecha relación entre libertad y responsabilidad. Gracias a la razón y a la conciencia moral, la persona

puede orientar sus afectos hacia el bien auténtico. Cuando el amor busca exclusivamente la satisfacción individual se transforma en egoísmo; cuando, por el contrario, procura el bien integral del otro, alcanza su forma más plena y se convierte en una verdadera realización de la persona. Como sostiene Wojtyła, “únicamente el amor verdadero permite que la persona alcance su perfección moral y viva conforme a la dignidad que le es propia” (2013, pág. 79).

3.2 La reciprocidad como fundamento del amor personal

La reciprocidad constituye uno de los rasgos esenciales del amor auténtico dentro del pensamiento de Karol Wojtyła. No se trata únicamente de un intercambio de sentimientos o de beneficios mutuos, sino de una relación en la que dos personas se reconocen recíprocamente como sujetos dotados de dignidad y libertad. En este sentido, el amor sólo alcanza su plenitud cuando cada persona busca el bien de la otra por sí misma, superando toda forma de posesión o utilización. La reciprocidad supone una comunión de personas en la que ambos participan libremente en un mismo bien, respetando la individualidad y la autonomía de cada uno (Wojtyła, 2011).

Desde esta perspectiva, la reciprocidad expresa la realización concreta de la norma personalista. Amar significa afirmar el valor irrepetible del otro y responder responsablemente a su dignidad. Por ello, la relación amorosa no puede reducirse a una satisfacción afectiva o instintiva, sino que exige una decisión libre y permanente orientada al bien común de quienes participan en ella. El amor auténtico se construye mediante la entrega mutua, la fidelidad y la responsabilidad

compartida, elementos que permiten el crecimiento moral de ambas personas (Buttiglione, 1992, pág. 261).

Asimismo, la reciprocidad manifiesta la dimensión comunitaria de la persona. El ser humano sólo alcanza su plena realización cuando sale de sí mismo para acoger al otro y establecer una relación fundada en el respeto, la confianza y la donación recíproca. En este proceso, la libertad deja de entenderse como simple autonomía individual para convertirse en capacidad de entregarse responsablemente a otra persona sin perder la propia identidad. De esta manera, la comunión interpersonal se convierte en el ámbito privilegiado donde la persona desarrolla plenamente su vocación al amor (Juan Pablo II, 1994).

En consecuencia, la reciprocidad representa uno de los principios fundamentales del personalismo wojtyliano, pues integra la libertad, la responsabilidad y la dignidad en una misma experiencia ética. Sólo cuando el amor es correspondido desde la libertad y orientado al bien verdadero puede convertirse en una auténtica comunión de personas y en un camino de perfeccionamiento humano y espiritual.

3.3 La Responsabilidad como Exigencia Ética del Amor

El amor, por su propia naturaleza, exige responsabilidad. No puede entenderse como un simple sentimiento o una experiencia afectiva pasajera, sino como una decisión libre mediante la cual la persona reconoce el valor del otro y asume el compromiso de procurar auténticamente su bien. Cuando el amor se separa de la responsabilidad deja de ser una expresión de la verdad sobre la

persona y corre el riesgo de convertirse en una forma de posesión o de utilización, contradiciendo la propuesta personalista de nuestro autor (Wojtyla, 1982, pág. 195).

Desde una perspectiva antropológica, la responsabilidad constituye una dimensión propia del ser personal. No se trata únicamente del cumplimiento de una obligación impuesta desde el exterior, sino de una actitud interior que nace de la libertad y de la conciencia moral. Precisamente porque la persona es capaz de conocerse, autodeterminarse y orientar voluntariamente sus actos, también puede responder por ellos ante sí misma, ante los demás y ante Dios (Buttiglione, 1992, pág. 263).

Wojtyla sostiene que la responsabilidad surge cuando la persona reconoce el valor objetivo del bien y decide libremente realizarlo. Es por ello que, la voluntad humana no actúa de manera arbitraria, sino que se orienta hacia aquello que la inteligencia descubre como verdadero y moralmente valioso.

"Cuando un hombre es consciente de ser responsable de sus propias acciones, ello ocurre porque experimenta la responsabilidad y posee la capacidad de responder a los valores mediante su voluntad" (Wojtyla, 1982, pág. 198).

La responsabilidad supone, por tanto, una referencia permanente al mundo de los valores. Toda acción libre lleva consigo una consecuencia moral que repercute tanto en quien actúa como en las personas con quienes se relaciona. En este sentido, la responsabilidad manifiesta la dignidad de la persona, pues solamente un ser libre puede responder moralmente por sus decisiones.

La reflexión de Wojtyla permite distinguir también una responsabilidad respecto de los valores y una responsabilidad ante alguien. La primera hace referencia al deber de orientar las acciones hacia el bien objetivo; la segunda expresa la dimensión interpersonal de la existencia humana, pues toda persona vive en relación con otras personas y responde moralmente por sus actos dentro de la comunidad (Wojtyla, 1982, pág. 216).

Esta perspectiva adquiere una especial importancia dentro del amor humano. Amar implica hacerse responsable del bien integral del otro, respetando siempre su dignidad y evitando cualquier forma de manipulación o instrumentalización. Por ello, la responsabilidad constituye una expresión concreta del amor auténtico y una condición indispensable para la comunión interpersonal.

Rocco Buttiglione (1997) señala que, para Wojtyla, la libertad únicamente alcanza su verdadera plenitud cuando se ejerce responsablemente. La responsabilidad no limita la libertad, sino que la perfecciona, ya que orienta el ejercicio libre de la voluntad hacia el bien de la persona y de la comunidad.

Desde esta perspectiva también puede comprenderse la afirmación de Max Scheler, quien considera que el hombre posee una apertura constitutiva hacia los valores espirituales y religiosos, de modo que la experiencia moral no puede separarse de su vocación trascendente (Scheler, 2001). La responsabilidad encuentra así su fundamento último en la verdad sobre la persona y en su apertura al bien supremo.

En consecuencia, la responsabilidad constituye uno de los pilares de la ética personalista de Wojtyla. Gracias a ella, la persona se autodetermina mediante sus decisiones, construye su propia identidad moral y establece relaciones auténticamente humanas fundadas en el respeto, la libertad y el amor.

3.4. La Libertad y la Elección en el Amor Responsable

La elección constituye una de las manifestaciones más profundas de la libertad humana. Cada decisión expresa la capacidad de la persona para autodeterminarse y orientar voluntariamente su existencia hacia un bien reconocido por la razón. Desde esta perspectiva, la elección nunca puede separarse de la responsabilidad, pues toda decisión libre implica asumir las consecuencias morales derivadas del acto realizado (Wojtyla, 2013, pág. 137).

En la experiencia del amor esta relación adquiere un significado todavía más profundo. Amar supone elegir libremente a otra persona y comprometerse con ella mediante una entrega recíproca orientada al bien común. La elección auténtica no nace únicamente de la atracción sensible, sino del reconocimiento del valor personal del otro, cuya dignidad exige respeto y fidelidad.

Como afirma Wojtyla: "El ser humano es siempre y ante todo una persona; para poder vivir con otro y para otro, es necesario encontrarse continuamente en ese otro y, al mismo tiempo, encontrarse a sí mismo" (2013, p. 143).

Esta afirmación pone de manifiesto que el amor verdadero supera el individualismo y el egoísmo. La persona no busca poseer al otro, sino construir con él una comunión basada en la libertad, la confianza y el don recíproco.

La atracción entre el hombre y la mujer posee dimensiones psicológicas, afectivas y corporales; sin embargo, ninguna de ellas basta para fundamentar una elección definitiva. El elemento decisivo es siempre el reconocimiento del valor de la persona. Por ello, Wojtyla insiste en que la elección madura integra todos los valores presentes en el ser amado, subordinándolos siempre a la dignidad personal (Wojtyla, 2013, pág. 146).

La elección auténtica permanece incluso cuando aparecen las limitaciones humanas. Amar significa aceptar a la persona concreta, con sus virtudes y sus fragilidades, procurando constantemente su perfeccionamiento moral sin reducirla jamás a sus defectos. En este sentido, afirma Wojtyla: "El hombre que escoge a la mujer afirma con ello el valor de ésta; pero importa que sea el valor de la persona y no únicamente su valor sexual" (2013, pág. 148).

Esta afirmación resume uno de los principios fundamentales de la ética personalista. El valor sexual forma parte de la persona, pero nunca constituye el fundamento último del amor. La verdadera elección reconoce la dignidad integral del ser humano y orienta la relación hacia la comunión de personas.

Esta comprensión conduce naturalmente al matrimonio como la expresión más plena del amor responsable. En él, la libertad se convierte en compromiso estable y la entrega recíproca hace posible la formación de una auténtica comunidad de vida y amor. El matrimonio deja de entenderse únicamente como una institución jurídica para convertirse en la realización existencial de la norma personalista, según la cual ninguna persona puede ser utilizada como medio para satisfacer intereses individuales (Wojtyla, 2013, pág. 232).

De este modo, elección y responsabilidad aparecen inseparablemente unidas. La libertad encuentra su máxima expresión cuando la persona elige el bien del otro y permanece fiel a esa decisión mediante un amor responsable, libre y comprometido.

3.5. El Matrimonio como Comunión de Personas

El matrimonio constituye la expresión más plena del amor humano cuando éste se fundamenta en la dignidad de la persona y en la entrega libre y responsable de los esposos. Desde la perspectiva personalista de Karol Wojtyła, el matrimonio no puede entenderse únicamente como una institución jurídica o social, sino como una auténtica comunión de personas (*communio personarum*), en la cual el hombre y la mujer se reconocen mutuamente como fines en sí mismos y nunca como simples medios para la satisfacción de intereses particulares (Wojtyła, 2013, pág. 234).

La norma personalista encuentra en el matrimonio una de sus aplicaciones más profundas. La unión matrimonial supone la afirmación recíproca del valor de cada persona y exige que el amor permanezca abierto al don total de sí mismo. En este sentido, la monogamia y la indisolubilidad no representan únicamente normas jurídicas o religiosas, sino exigencias que brotan de la naturaleza misma del amor personal, el cual reclama fidelidad, permanencia y comunión de vida. Como afirma Wojtyła: "El mandamiento del amor, tal como aparece en el Evangelio, es más que la norma personalista, pues constituye también el principio fundamental del orden sobrenatural que regula la relación entre Dios y el hombre" (2013, pág. 238).

Esta afirmación pone de manifiesto que el amor conyugal no se reduce al ámbito de los sentimientos, sino que participa de una vocación trascendente. El matrimonio encuentra así su fundamento último en el amor creador de Dios, quien llama a los esposos a vivir una comunión de vida basada en la entrega mutua, la fidelidad y el servicio.

A la luz de estos principios, Wojtyla sostiene que, cuando por circunstancias extraordinariamente graves la convivencia conyugal resulta imposible —como puede ocurrir en algunos casos de violencia o infidelidad—, puede admitirse la separación física de los esposos; sin embargo, dicha separación no implica la disolución del vínculo matrimonial. Desde esta perspectiva, la separación constituye siempre un mal humano que sólo puede justificarse cuando protege la dignidad de las personas implicadas (Wojtyla, 2013, pág. 241).

La permanencia del matrimonio encuentra también su fundamento en la comprensión integral de la persona. Desde la tradición filosófica aristotélico-tomista, el ser humano está constituido por la unidad sustancial de cuerpo y alma (Tomás de Aquino, 2001). Esta unidad explica que la entrega matrimonial abarque a la totalidad de la persona y no únicamente su dimensión corporal. En consecuencia, la comunión conyugal participa de la totalidad del ser humano y permanece mientras subsiste la existencia terrena de ambos esposos.

Desde esta perspectiva antropológica, el matrimonio manifiesta claramente la primacía del valor de la persona sobre cualquier forma de utilitarismo. Allí donde uno de los cónyuges pretende utilizar al otro para satisfacer exclusivamente sus propios intereses, el amor deja de ser auténtico y contradice la dignidad personal.

Por el contrario, cuando ambos se reconocen como sujetos libres e igualmente valiosos, el matrimonio se convierte en el espacio privilegiado para la realización del amor verdadero, del crecimiento moral y de la santificación mutua (Wojtyla, 2013, pág. 243).

En este sentido, puede afirmarse que el matrimonio constituye una escuela permanente de virtudes. La fidelidad, la solidaridad, el respeto, la paciencia, el perdón y la apertura a la vida encuentran en la vida conyugal un ámbito privilegiado para su desarrollo. Así, la comunidad matrimonial no sólo fortalece el vínculo entre los esposos, sino que contribuye también al bien común de la familia y de la sociedad (Concilio Vaticano II, 1965).

3.6 El Compromiso de la Libertad y el Don de Sí

Una de las aportaciones más originales del pensamiento de Karol Wojtyla consiste en afirmar que el amor sólo alcanza su plenitud cuando compromete libremente a la persona. La libertad no constituye un fin en sí misma, sino una capacidad orientada al bien. Precisamente por ello, la libertad encuentra su máxima realización cuando se convierte en don de sí para otra persona (Wojtyla, 2013, pág. 245).

El amor verdadero exige una decisión consciente y permanente. No basta la atracción afectiva ni el entusiasmo inicial; es necesario que la voluntad confirme continuamente la elección realizada. Amar significa comprometer la propia libertad en favor del bien del otro, sin perder por ello la propia identidad. Lejos de disminuir la libertad, este compromiso la perfecciona, porque la orienta hacia el bien más alto: la comunión interpersonal.

Como señala Wojtyla (2013), la voluntad humana está naturalmente orientada hacia el bien. La libertad constituye una propiedad de la voluntad y, por tanto, alcanza su plenitud cuando elige aquello que perfecciona a la persona. En consecuencia, el amor no limita arbitrariamente la libertad, sino que le proporciona su sentido más profundo.

Por ello puede afirmarse que el amor auténtico se fundamenta siempre en la verdad. Sólo quien reconoce el valor objetivo de la persona puede comprometer responsablemente su libertad. Cuando falta esta verdad, el amor degenera fácilmente en egoísmo, dominio o dependencia afectiva, reduciendo al otro a un objeto de satisfacción personal.

El amor de voluntad se expresa principalmente en el deseo sincero del bien para la persona amada. Amar significa querer que el otro alcance su plenitud humana, moral y espiritual. Este deseo supera la simple posesión o el interés individual, porque nace del reconocimiento de la dignidad de quien es amado.

En este sentido, Wojtyla insiste en que el amor no constituye una realidad acabada, sino una tarea permanente. No es un sentimiento que aparezca espontáneamente y permanezca por sí mismo, sino una construcción cotidiana que requiere esfuerzo, madurez, sacrificio y crecimiento interior. Educar para el amor significa precisamente formar la libertad para que aprenda a elegir constantemente el bien de la otra persona.

En consecuencia, el amor auténtico no nace de la búsqueda del propio beneficio, sino del ejercicio constante de la entrega personal. Cada acto de servicio,

fidelidad, comprensión y sacrificio fortalece la comunión entre las personas y hace visible la grandeza de la dignidad humana.

Desde la perspectiva personalista de Wojtyla, educar para el amor significa educar para la libertad responsable. Implica formar personas capaces de reconocer el valor del otro, respetar su dignidad y orientar todas sus acciones hacia el bien común. De este modo, el amor deja de ser únicamente una experiencia afectiva para convertirse en el principio que integra toda la existencia humana y orienta a la persona hacia su plena realización (Wojtyla, 2013, pág. 263).

Conclusión

El desarrollo de la presente investigación permitió comprender que el valor más elevado del ser humano radica en su condición de persona. La dignidad humana no constituye una cualidad adquirida por las capacidades, el reconocimiento social o las circunstancias históricas, sino que pertenece intrínsecamente al ser de la persona. Precisamente por ello, toda persona posee un valor absoluto que exige respeto, reconocimiento y afirmación en sí misma.

A partir del pensamiento filosófico de Karol Wojtyla fue posible demostrar que la persona no puede comprenderse únicamente desde una perspectiva biológica, psicológica o social. Su realidad más profunda se manifiesta en su dimensión espiritual, racional y libre, mediante la cual es capaz de conocerse, autodeterminarse y orientar responsablemente sus acciones hacia el bien. La persona se revela, sobre todo, en el actuar consciente, pues cada acción libre contribuye a su propia realización moral y al perfeccionamiento de su ser.

En el contexto contemporáneo resulta evidente que la dignidad humana enfrenta múltiples desafíos. El avance científico y tecnológico, junto con diversas corrientes de pensamiento marcadas por el utilitarismo y el relativismo, han favorecido en numerosos ámbitos la tendencia a reducir al ser humano a un objeto de producción, consumo o utilidad. Frente a esta realidad, la filosofía personalista de Wojtyla ofrece una respuesta profundamente humanista al recordar que la persona jamás puede ser utilizada como medio para alcanzar otros fines, sino que debe ser siempre afirmada y amada por sí misma.

Desde esta perspectiva, el hombre posee una riqueza interior que lo distingue de todos los demás seres de la naturaleza. Su inteligencia, su libertad, su conciencia moral y su capacidad de amar manifiestan una dignidad única que fundamenta sus derechos y responsabilidades. Tales cualidades no constituyen elementos aislados, sino dimensiones que convergen en la unidad de la persona y hacen posible su auténtica realización.

La investigación permitió advertir igualmente que el amor representa la expresión más alta de la dignidad humana. En el pensamiento de Wojtyla, amar significa afirmar el valor de la otra persona por sí misma, respetando su libertad y buscando siempre su bien. El amor auténtico excluye toda forma de utilización, egoísmo o dominio, porque encuentra su fundamento en la responsabilidad, la reciprocidad, la entrega y el don sincero de sí. De este modo, la persona alcanza su plenitud no en el aislamiento, sino en la comunión con los demás.

En este sentido, la responsabilidad constituye una consecuencia necesaria del amor. Quien reconoce la dignidad del otro descubre al mismo tiempo el deber moral de responder por sus propios actos y de orientar su libertad hacia el bien. Libertad, responsabilidad y amor forman, por tanto, una unidad inseparable dentro de la ética personalista, ya que únicamente una libertad guiada por la verdad puede conducir a la auténtica realización de la persona.

Finalmente, esta tesina permite concluir que la grandeza del ser humano no depende de lo que posee, produce o representa socialmente, sino de aquello que es. La persona constituye un fin en sí misma y posee un valor que jamás puede ser sustituido ni instrumentalizado. En consecuencia, la construcción de una sociedad

verdaderamente humana exige reconocer, respetar y promover la dignidad de toda persona desde su origen hasta el término natural de su existencia.

Así, la propuesta filosófica de Karol Wojtyla conserva una notable actualidad, pues recuerda que el fundamento de toda convivencia auténticamente humana descansa en el reconocimiento incondicional de la persona, en el ejercicio responsable de la libertad y en el amor entendido como la forma más plena de realización del ser humano. En ello reside no sólo la esencia del personalismo wojtyliano, sino también una respuesta filosófica vigente a los desafíos antropológicos y éticos de nuestro tiempo.

Karol Wojtyla, posteriormente San Juan Pablo II, se distinguió por la extraordinaria congruencia entre su pensamiento filosófico y el testimonio de su vida. Su magisterio influyó profundamente en la cultura contemporánea al defender, con firmeza, la dignidad inviolable de toda persona, la libertad, la verdad y el amor como fundamentos de la convivencia humana. Su servicio incansable a la Iglesia y a la humanidad fue reconocido con su canonización el 27 de abril de 2014 por el papa Francisco, confirmando que su doctrina no fue únicamente una reflexión intelectual, sino la expresión de una vida plenamente entregada al servicio de Dios y del hombre.

Bibliografía

- Aquino, T. d. (2001). *Summa Teológica*. Madrid: BAC.
- Bernstein, C. (1996). *Su Santidad Juan Pablo II y la historia oculta de nuestro tiempo*. Colombia: Norma.
- Benedicto XVI. (2005). *Deus Caritas est*. Italia: Librería Editrice Vaticana.
- Boecio (2002), *Tratados Teológicos*, Madrid: Palabra
- Burgos, J. M. (2007). *La Filosofía Personalista de Karol Wojtyla*. Madrid: Palabra
- Burgos, J. M. (2019). *El Personalismo de Karol Wojtyla como Personalismo Integral. Cuadernos de Pensamiento, 1*.
- Buttiglione, R. (1992). *El Pensamiento de Karol Wojtyla*. Madrid: Encuentro.
- Crosby, J. F. (1996). *La Filosofía Personalista de Karol Wojtyla*. Washington D.C.: The Catholic University of America Press.
- Instituto Polaco de Cultura*. (s.f.). Obtenido de Breve historia de Polonia: <https://instytutpolski.pl/madrid/breve-historia-de-polonia/>
- Juan Pablo II. (1994). *Cruzando el umbral de la esperanza*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Juan Pablo II. (1995). *Evangelium Vitae*. Vaticano: Librería Editrice Vaticana
- Melendo, T. (2007). *La Dignidad de la Persona*. Madrid: EUNSA.
- Museo de la casa familiar del Santo Padre Juan Pablo II*. (s.f.). Obtenido de Juan Pablo II: <https://domjp2.pl/en/john-paul-ii>
- Orella, J. L. (2020). ¿Quien fue Karol Józef Wojtyla? *Cuadernos de Pensamiento, 2*.
- Scheler, M. (2001). *Ética. Nuevo Ensayo de Fundamentación de un Personalismo Ético*. Madrid: Caparrós.
- Spaemann, R. (2000). *Acerca de la distinción "algo" y "alguien"*. España: ENUSA.
- Vaticano*. (s.f.). Obtenido de Juan Pablo II: https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/biografia/documents/hf_jp-ii_spe_20190722_biografia.html
- Varios, A. (1927). *Enciclopedia universal ilustrada, Europea - Americana* (Vol. XLVIII). Madrid: Espasa-Calpe S. A.
- Weigel, G. (1999). *Testigo de Espera. Biografía de Juan Pablo II*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Wojtyla, K. (1982). *Persona y Acción*. Madrid: Palabra.

Wojtyla, K (1998) *Mi Visión del Hombre*, Madrid: Palabra

Wojtyla, K. (2003). *El don del amor. Escritos sobre la familia*. Madrid: Palabra.

Wojtyla, K (2009) *El Hombre y su Destino*, Madrid: Palabra

Wojtyla, K. (2013). *Amor y Responsabilidad*. Madrid: Palabra.